EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

CARLOS IX Y LOS HUGONOTES.

DRAMA HISTÓRICO EN CINCO ACTOS Y EN VERSO.

Diaz



MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1856.

15

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***libreria de Cuesta, calle Mayor, núm. 2.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Perez.
Alcoy.	V. de Martí é hijos.
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Sainz.
Avila.	Rico.
Badajoz	Orduña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	V. de Moraleda.
Castrourdiales.	García de la Puente.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Gutierrez.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	García Alvarez.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	Garcia.
Figueras.	Conte Lacoste.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Ezcurdia.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	CharlainyFernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Idalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Rixact.
Lugo.	Pujol y Masía.
Lorca.	Gomez.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga	Cañavate.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Mateos.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Robles.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Barrena.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Escribano.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Aymat.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. de la Cruz.
Talavera.	Castro.
Valencia.	M. Garin.
Valladolid.	Hernaiz.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Pers y Ricart.
Ubeda.	Treviño.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	»

CARLOS IX

Y

LOS HUGONOTES.

DRAMA HISTORICO ORIGINAL EN CINCO ACTOS Y EN VERSO.

SU AUTOR

D. JOSÉ MARIA DIAZ.



MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1856.

PERSONAJES.

EL REY CARLOS IX.
OMER, su hermano.
EL BARON DE SAINT-PAUL.
RENATO, astrólogo.
EL PRINCIPE DE LORENA.
EL CANCILLER L'HOPITAL.
EL ALMIRANTE COLIGNI.
EL CONDE SAINT-LUC.
LOUVIER DE MAUREVEL.
RAOUL, page.
PEDRO BRIGARD, médico.
LATOUR.
CATALINA DE MÉDICIS.
OLIMPIA DE CLEVES.
GENOVEVA.
CESARINA.
MARTA.
BATHILDE.

Damas de la córte, Señores Católicos, Magistrados del Parlamento, Caballeros Hugonotes, Pajes, dos Correos, Monteros, Lansquenetes y Conjurados.

La escena en Paris.—1572.

EL ASTRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

Habitacion de Renato: sé entra en ella por una escalera de caracol que hay en el fondo. Mesa grande con pergaminos y libros; un globo celeste: puertas laterales; una ventana á la derecha: es de noche. Una lámpara alumbra la escena.

ESCENA PRIMERA.

RENATO.

¡Renato, audacia! Con arrojo y tino
sigue adelante; si tu pié resbala
en la sangre que mancha tu camino,
nada te importe: lograrás al cabo
llegar al puerto, porque vive un mozo,
rey en el nombre, de tu ciencia esclavó.
¡Ciencia de adivinar! ¡Astrologia!
¡Torpe supersticion! ¡El sabio Alfonso,
el árabe Arzachel, Regio-montano!...

¡Ciencia famosa que á montones echa
monedas de oro en mi avarienta mano!
(*Aparecen en la escalera Catalina de Médicis y el Príncipe de Lorena.*)
¿Quién es?

ESCENA II.

CATALINA DE MÉDICIS, *cubierto el rostro con una mascarilla negra*; *el* PRINCIPE DE LORENA, *lo mismo, y envuelto en una larga capa*, RENATO.

CATAL. Yo soy.
(*Quitándose la mascarilla.*)
RENATO. ¿La majestad de Francia?
CATAL. No es la primera vez que dejo el trono
y al sabio busco en su secreta estancia.
RENATO. ¿Qué me quereis?
(*Mirando con desconfianza al Príncipe de Lorena, que sigue embozado y con la máscara puesta.*)
CATAL. Oid. La astrologia
ha sido mi aficion desde la infancia.
RENATO. En la índica region brotó esa ciencia;
y veneranda, oscura ceremonia,
la vió en sus sacerdotes guarecida
el pueblo de la impura Babilonia.
De alli cruzando los revueltos mares...
CATAL. Lo sé; no vengo de la santa ciencia
el progreso á saber; vengo del sabio
el auxilio á pedir.
RENATO. Ya, gran señora,
la voz espero del augusto labio.
CATAL. El pueblo sufre; por doquier llorosa
se alza la religion de nuestros padres.
Ayer cesó la maternal tutela
de Cárlos nono rey: ayer dudaba
el nuevo sol que desde el trono alumbra
y un giro torpe á su clemencia daba.
El trono es el poder; si la corona
no está en mi frente y como sacras leyes
de mi imperiosa voluntad no abona

el capricho mas ruin; si de mis manos
el cetró se cayó... quédeme en ellas
de la superstición el poderio,
la misteriosa voz de las estrellas!

RENATO. Reina, mi ciencia á trastornar no alcanza
(*Mirando siempre con desconfianza al Príncipe.*)
del destino la ley. Si á mi albedrio...

CATAL. Buen astrólogo, abrid la inteligencia,
y en lo que callo, del antojo mio
conocereis el fin.

RENATO. Por mas que intento
se pierde mi razon en conjeturas...

CATAL. ¡Reflexionadlo bien... abrid los ojos!
(*Con intencion*)
¿No veis doquiera entre celajes negros
bultos humanos de colores rojos
en confuso monton?...

RENATO. Por mas que miro
á las estrellas que el espacio esmaltan,
nada consigo ver...

CATAL. Dejad el cielo
y en la tierra os quedad. Fijad los ojos
en el trono del rey.

RENATO. ¡Señora!...

CATAL. Giran
en torno suyo encapotadas sombras
que es fuerza disipar. Para lograrlo,
á falta de poder, prestadme hoy dia
la misteriosa voz de las estrellas,
que hoy vale tanto como el mismo trono
esa superstición que va con ellas.

RENATO. ¡Reina, me extremeceis! ¡Me asusta el tono
de vuestra voz!

CATAL. ¿Por qué? ¿dudais acaso
que he de premiar al fin vuestra obediencia?
Dad un precio al favor, y en abundancia
mis mercedes caerán sobre la ciencia.
Mas si obstinado os resistis, la historia
del mundo recorred: ¡Tiberio un dia
de la ciudad eterna á los astrólogos
arrojó sin piedad!

RENATO. ¡Francia no es Roma!
CATAL. Pero mi voluntad hoy la domina.
(Con intencion, en voz baja.)
El venenoso ambiente de Florencia
bebí en mi cuna; sangre florentina
corre en mis venas, y en mi pecho frio
se agita el corazon... Cuantos me escuchen
desaparecerán, si es gusto mio.
RENATO. ¡Perdon, oh reina!... *(Arrodillándose.)*
CATAL. *(Sonrisa irónica.)* Levantad del suelo,
y examinad con fé cuantas estrellas
esmalten hoy el transparente cielo.
RENATO. ¿Y si al impulso de la ciencia mia
(Con intencion.)
se disipasen las confusas sombras
que en torno giran del monarca?
CATAL. Al cabo
entendido me habeis. Mi confidente
es de mi ciega voluntad esclavo.
Nunca en recompensar he sido escasa:
el sabio es clara luz que alumbra al siglo
poned vos mismo á vuestra ciencia tasa,
y adentro me esperad.

ESCENA III.

CATALINA DE MÉDICIS *y el* PRINCIPE DE LORENA, *que se desemboza y quita la mascarilla.*

CATAL. Señor, en este
humilde albergue el porvenir reside
de Francia... ¿Os ocupais de ver sus libros?
LORENA. ¡Juan Verner!
(Hojeando un manuscrito, despues de desembozarse y quitarse la máscara.)
CATAL. ¿No os parais en el celeste
globo de un santo padre?
LORENA. No comprendo
tan oscura invencion.
CATAL. La astrologia
asombra alguna vez; yo si la entiendo.
LORENA. Dios os perdone.

CATAL. Oid.
LORENA. El florentino
es hombre fiel?
CATAL. Por experiencia sabe
que mi mano, señor, no pierde el tino.
No os cureis del astrólogo, Lorena,
y lo que haya decid.
LORENA. Ya lucha en vano
el almirante Coligni... Sus huestes
rotas en dos encuentros...
CATAL. ¿Otras nuevas
recibido no habeis?
LORENA. No, gran señora.
CATAL. Yo si. Seguro el belicoso anciano
de que el triunfo será para quien luche
en favor del Pontífice romano
y de la ley de Dios, astuto quiere
con malas artes conquistar la gracia
del inexperto rey. Mañana mismo
su mensajero propondrá conciertos
de paz y olvido, y si acudimos tarde,
quizás el rey á Coligni perdone,
haciendo al fin de su clemencia alarde.
LORENA. ¡Ay de nosotros, reina Catalina!
¡Ay de la religion que tiene en Roma
su silla principal, si el almirante
sobre el monarca predominio toma!
CATAL. Conozco al rey; de mis entrañas vino
(*Sonriéndose con malignidad.*)
al mundo; atenta le eduqué en su infancia,
y es dócil caña que á mi voz se mueve
el frio corazon del rey de Francia.
De enferma y de ruin naturaleza,
alma sin voluntad, pobre juguete
que ha de quebrarse entre mis manos pronto,
bueno es, Lorena, señalarle el giro
que ha de llevar en su existencia corta,
senda que yo, sin que me espante, miro.
¡Senda terrible! Con vigor despuntan
en el lóbrego fondo de su pecho
la crueldad y el rencor, fecundo grano
que ha de encontrar su corazon estrecho.

¡Una sombra de rey necesitaba!
Esa sombra de rey del Louvre cruza
la lóbrega espaciosa galeria;
esa sombra de rey dócil se encorva
segun mi voluntad... y como cede
á cuanto quiero, para nada estorba.
Sé quién es Cárlos. Su razon se humilla
á la superticion; ¡en las estrellas
cree que su porvenir se encuentra escrito!...
Por eso busco mi poder en ellas.

LORENA. ¿Y no temeis que el misterioso influjo
de esa ciencia infernal empañe el lustre
de vuestra fé?

CATAL. Vuestro temor es vano;
y si acontece, bienhechor conmigo,
me dará su perdon el Vaticano.
¿Qué os respondió Saint-Paul?

LORENA. De Cárlos nueve
la privanza real tanto le halaga,
que tiene, oh reina, el favorito en poco
nuestra amistad. Desestimó mi oferta.

CATAL. ¿Acaso el de Saint-Paul se ha vuelto loco?

LORENA. Las gentes que le sirven me juraron
que misterioso afan le aflige ahora.

CATAL. ¿Y de estas nadie averiguó el origen
del oculto pesar que le devora?

LORENA. Nadie.

CATAL. Saint-Paul, por su prudencia, es hombre
de gran valor, y á nuestra causa importa
ganar el brillo de su claro nombre.
¿Tiene deudas?

LORENA. Tal vez...

CATAL. Me sobra el oro.

LORENA. Muy bien.

CATAL. ¿No ois? (*Carcajadas dentro.*)

LORENA. Rumor en la escalera...

CATAL. Cárlos.

LORENA. ¿El rey aqui?

CATAL. Silencio. Estancia
no nos ha de faltar: vámonos fuera.
(*Se entran los dos por la misma puerta que Renato.*)

ESCENA IV.

El Rey Carlos, *el* Baron de Saint-Paul; *despues de cerciorarse de que estan solos se desembozan y se quitan los antifaces.*

Carlos. ¡Pardiez, Baron de Saint-Paul!
¡Ya en el cuerpo me retoza
la risa! ¿vos en las redes
de amor? ¿Tan grave persona,
encanecida en la guerra,
y por la edad, que esa es otra,
víctima al cabo y juguete
de una pasion amorosa?

St.-Paul. No os burleis; cuando á mi edad
se siente el amor, es cosa
de mal agüero: los viejos
perdemos en tales bromas.

Carlos. ¡Qué quereis! Me ha sorprendido
de una manera esa historia!...
¡Tan sesudo caballero
salirme de pronto ahora!..

St.-Paul. Gran señor, mi mala estrella
acaso de espinas borda
la senda que he de correr
en mi vejez achacosa.

Carlos. ¿Y quién es la noble dama
que vuestro juicio trastorna?

St.-Paul. Trocareis, si el nombre os digo,
lo noble sonrisa en mofa.

Carlos. Yo quiero saberlo.

St.-Paul. Olimpia
de Cleves.

Carlos. ¡Diablo!

St.-Paul. ¡Os asombra
la altura á que en su demencia,
el corazon se remonta?

Carlos. Por Dios que aspirais á mucho...

St.-Paul. Lo sé, gran rey.

Carlos. (*Burlándose.*) Esa alondra
se mece libre en los aires

sin miedo de que la cojan.

ST.-PAUL. Son tantos los que la siguen,
que sin quererlo se estorban.

CARLOS. Pues yo palabra os empeño
en nombre de mi corona,
que ha de ser, porque es mi gusto,
Olimpia, al fin, vuestra esposa.
Asi, pues, id preparando
las fiestas de vuestras bodas:
padrino he de ser en ellas.

ST.-PAUL. Dejad que bese mi boca
vuestros piés.

CARLOS. Alzad del suelo...
¡Pobre Baron! Sangre moza (*Ap.*)
en cuerpo tan enfermizo!..
A su edad! Jóven la novia! (*Riéndose.*)
Mañana mismo los caso.
Allá el Baron se componga
despues... si el diablo... ¡Seguro!
¿Habrá muchas fiestas?.. ¡Hola!
(*Viendo entrar á Olimpia y á Raoul. El Rey y el Baron se ponen el antifaz.*)

ESCENA V.

El REY CARLOS, *el* BARON DE SAINT-PAUL, OLIMPIA *y* RAOUL. *Olimpia con manto y mascarilla, Raoul lo mismo y embozado en una larga capa.*

CARLOS. Una dama y de buen porte.

OLIMPIA. Raoul, prudencia.

CARLOS. A pesar
del manto, no hay que dudar...
Dama y dama de la córte.
¿Quién sois? ¿No me respondeis?
Haceis mal... No os vais, señora...
esperad; esta es la hora
del astrólogo, y perdeis,
si os vais, la audiencia que os dió.
No temais que osado quiera
descubrir... Si yo quisiera...
¿quién me lo estorbara?

RAOUL. Yo.
CARLOS. Mi atencion tu arrojo llama.
RAOUL. Caprichos de mi valor.
CARLOS. Me place.
RAOUL. Se tiene á honor
el defender á una dama;
que herir su decoro es mengua.
CARLOS. No se incomode el rapaz.
RAOUL. Tendremos la fiesta en paz,
si es que ata un poco la lengua.
CARLOS. Te he de probar, vive Dios,
encubierto personaje.
RAOUL. Como á tal honrara al paje,
quien nos juzgase á los dos.
CARLOS. Afuera esa mascarilla...
(Quitándosela, lo mismo hace Saint-Paul.)
OLIMPIA. ¡El rey! *(Ap.)*
CARLOS. Pajecillo, pronto...
RAOUL. Ved que si en cólera monto...
CARLOS. Su audacia me maravilla.
RAOUL. Y no ha de parar en juego.
CARLOS. Animo, pues, pajecillo...
(Se dirige á quitarle la máscara.)
RAOUL. Atras, ó con mi cuchillo...
(Tirando de la daga.)
ST.-PAUL. ¡El rey! ¡el rey! ¿Estas ciego?
(Deteniendo el brazo de Raoul.)
RAOUL. Su atrevimiento me abona
en esta ocasion, anciano;
que no deshonre su mano
el lustre de su corona.
Recordad, si no, la ley
del rey Francisco primero;
antes nace caballero
el hombre en Francia, que rey.
CARLOS. Su desacato perdono
por lo atrevido y resuelto.
Ya vé el paje que he devuelto
su resplandor á mi trono.
Váyase, pues.
RAOUL. Lo mandais
vos, señora?

(*Arrodillándose á lcs pies de Olimpia.*)

CARLOS. ¿No obedece?

RAOUL. Aun no.

CARLOS. Si mi enojo crece...

(*Poniendo la mano en la daga.*)

OLIMPIA. Es fuerza que obedezcais.

(*A una seña del re y, se retira Saint-Paul.*)

ESCENA VI.

El REY CARLOS, OLIMPIA.

CARLOS. Dejad el rostro, señora,
en completa libertad;
con su brillo iluminad
mansion tan pobre en mal hora
para tanta majestad.
Afuera esa mascarilla
que oculta vuestra belleza;
vereis, como sin mancilla,
rey caballero, se humilla
á vuestros pies mi grandeza.
(*Olimpia se quita el antifaz.*)
¿Vos, Olimpia? ¿Vos aqui?

OLIMPIA. ¿Os choca mi proceder?

CARLOS. Sin duda.

OLIMPIA. Tambien á mí.

CARLOS. ¿Qué buscais?

OLIMPIA. Quiero saber
mi horóscopo, y solo asi,
buen rey, conseguirlo puedo.

CARLOS. ¿No os infunde esta mansion
recelo?

OLIMPIA. Mi corazon
no abre sus puertas al miedo,
que es de noble condicion.
¿Y á vos, que causa?...

CARLOS. Es mi intento
mi horóscopo averiguar:
saber si en el real asiento
que debo á mi nacimiento
tendré ventura, ó pesar.

Y ya que os encuentro aqui,
os diré que prometí
á Saint-Paul vuestro favor.

OLIMPIA. ¿Qué decis?

CARLOS. Que vuestro amor
con vuestra mano le dí.

OLIMPIA. ¡Oferta imprudente ha sido!

CARLOS. Olimpia, la majestad
estorbos no ha conocido.

OLIMPIA. Depende lo prometido,
señor, de mi voluntad.

CARLOS. Si es sacrificio y os pesa,
¡conformidad, la duquesa!
Que no hay en Francia mas ley,
mediando su real promesa,
que la palabra del rey.

OLIMPIA. ¿Y si el alma está ya herida
y en ella otro afan se anida?
¿Si fuera tanto este amor,
que prefiriese á la vida
sin él, la muerte, señor?

CARLOS. ¿Y quién, Olimpia gentil,
es ese discreto mozo
que afortunado entre mil?...

OLIMPIA. Apenas sombrea el bozo
su hermosura varonil.
Con arrogancia montado
le ví por la vez primera
sobre un alazan tostado,
en rizos la cabellera,
vistiendo seda y brocado.
Del régio alcázar salia
con aire imponente y rudo,
como el sol que luz envia,
él solo, sin compañia
de pajes, lanzas ni escudo.
Me vió; le hablé: sin pesar
el alma, oh rey, le escuchó;
y como dí yo en clavar
los ojos en él, le dió
al corazon por amar.
Y asi nacieron un dia,

orillas del turbio Sena,
amores, cual los queria
un alma que estaba llena
de tierna melancolia:
amores tan escondidos
adentro en el corazon,
que hoy hieren vuestros oidos,
porque van despavoridos
en busca de proteccion.

CARLOS. Su nombre...

OLIMPIA. Le habreis oido,
pues su desgracia ocasiona.

CARLOS. ¿Es de raza borgoñona?

OLIMPIA. Es un floron desprendido
de vuestra misma corona.

CARLOS. ¡Vive Dios, que me confundo!
¿De mi corona?

OLIMPIA. En el mundo
asi se cuenta.

CARLOS. Ya aguardo
su nombre.

OLIMPIA. Omer.

CARLOS. ¿El bastardo
hijo de Enrique segundo?

OLIMPIA. Vuestro hermano.

CARLOS. Vuestra raza
la de un bastardo rechaza.

OLIMPIA. ¡Es vuestra sangre!...

CARLOS. ¿Qué escucho?
¡si es la advertencia amenaza!...

OLIMPIA. Vuestra sangre vale mucho.

CARLOS. Lo sé. ¿Le amais con pasion?

OLIMPIA. Con todo mi corazon.

CARLOS. ¿Será verdad, ó será (*Ap.*)
que en su amor envuelto va
el tiro de la ambicion?

OLIMPIA. ¿Qué respondeis á mi ruego?

CARLOS. Que mi palabra empeñé,
y es fuerza cumplirla luego.

OLIMPIA. ¡Señor!

CARLOS. Olimpia, no es juego
del rey de Francia la fé.

OLIMPIA. ¡Por piedad!
CARLOS. ¡Empeño vano!
Me ofende quien me replique...
Soltad, Olimpia, mi mano.
OLIMPIA. ¡Es hijo del rey Enrique!
CARLOS. No es mas que á medias mi hermano.
No lloreis.
OLIMPIA. ¿Por qué he nacido?
¿Tan poco mi llanto puede?...
CARLOS. ¡Qué obstinacion!
OLIMPIA. ¡Os lo pido...
por el recuerdo querido
de vuestro padre!
CARLOS. ¡Ya cede
mi autoridad!
OLIMPIA. ¡Oh Divina
Providencia!
CARLOS. Yo hablaré
á Saint-Paul: si no se inclina
su ánimo, consultaré
con la reina Catalina.
OLIMPIA. ¡Con la reina? ¡Por favor
calladle, oh rey, este amor!...
CARLOS. ¡Qué cosa mas singular!...
Mi madre...
OLIMPIA. ¡Haced por callar!...
CARLOS. Su nombre inspira terror. (*Ap.*)
¿Y puedo, Olimpia, saber
por qué motivo?
OLIMPIA. Es muy grave.
CARLOS. Con todo... Yo he menester...
OLIMPIA. Si vuestra madre lo sabe,
hará que maten á Omer.
CARLOS. ¿Que lo maten? ¡Es mi hermano...
y ya no hay mas soberano
que yo sobre el trono régio!...
OLIMPIA. ¡La reina por privilegio
tiene el poder en su mano!...
CARLOS. ¡Olimpia!
OLIMPIA. Os digo verdad:
que ignore la reina, oh rey,
mi amor y mi voluntad:

en Francia la suya es ley.
CARLOS. ¡El astrólogo!... callad.
(*Olimpia y el Rey se ponen los antifaces.*)

ESCENA VII.

El REY CARLOS, RENATO, OLIMPIA.

RENATO. ¿Por qué entre sombras envuelve
el rey de Francia su augusta
majestad? ¿Por qué abandona
su régio alcázar? ¿Qué busca
en este hogar el mancebo
nacido de régia alcurnia?
¿Qué huracan sobre tu frente,
Olimpia de Cleves, zumba?
¿Por qué os encuentro á los dos,
(*Olimpia y el rey se quitan los antifaces.*)
y entre esperanzas confusas
venis á los piés del sabio
con una misma pregunta?
CARLOS. Es claro: á que penetreis
del porvenir en la oscura
mansion; á que nos digais
de buena ó mala fortuna
las horas que nos aguardan.
RENATO. ¡Por vuestras venas circula
sangre de reyes!
CARLOS. Lo sé.
Y es todo cuanto me anuncia
vuestra ciencia? Si es asi...
RENATO. Rey de Francia, no se burla
del sabio quien no penetra
en las edades futuras.
CARLOS. Eso os vengo yo á pedir.
Sin miramientos ni excusas,
rasgad el tupido velo
que mi porvenir oculta.
Hablad.
RENATO. ¿Y si desparecen
las sombras que le circundan?
¿Si la verdad se presenta

á vuestros ojos desnuda
y en letras de sangre y fuego
escrita la barahunda
de vuestro reinado veis?
¿Si mi palabra os asusta,
y á tocar no os atreveis
estas dos manos convulsas?...
¿Si no mirais sin temor,
espantada criatura,
ni las estrellas inmóviles
ni las estrellas que cruzan?...
Si Dios vuestras dos estrellas
ha unido en triste coyunda,
¿qué puede hacer el astrólogo
que en ciencia tan alta estudia,
si por mas que vos pedis.
Olimpia, oh rey, está muda?

OLIMPIA. Hablad, astrólogo, hablad:
en mí no busqueis disculpa.
Quiero saber mi destino.

CARLOS. ¿Nuestras dos estrellas juntas
caminan?

RENATO. Las dos... Miradlas...
¡Y cuán débilmente alumbran!

OLIMPIA. Cuáles son?

RENATO. Aquellas dos...

CARLOS. ¿Aquellas?

RENATO. Y se dibuja
en torno de ellas un círculo
sombrio que sangre anuncia!

OLIMPIA. Hablad... hablad.

CARLOS. No, silencio,
astrólogo; no es cordura
fiar en los astros solo.
La misteriosa balumba
de vuestra ciencia reclama
observaciones profundas.

RENATO. Las hice ya; vuestra madre
á solas el llanto enjuga
que le arrancaron.

CARLOS. ¡Astrólogo!

RENATO. ¡Destilan sangre las urnas!

Al borde de un precipicio
está ese trono en que fundas
tu vanidad! ¡De tu raza
ya el término se vislumbra!
Nacido el uno en tu córte,
criado el otro entre rudas
montañas que hasta las nubes
rocas ásperas encumbran,
dos tigres quieren clavar
en tu cabeza sus uñas.
¡Ay de tí, si haciendo riza
en las heréticas turbas,
no estalla el rayo violento
de la justicia iracunda!

CARLOS. Astrólogo, ya lo sé:
consejo inútil me apuntas.
Si es forzoso ahogar en sangre
la rebelion que disputa
al dogma su santidad,
el rey de Francia te jura!...

OLIMPIA. ¡Rey Cárlos nono, clemencia!
¡Clemencia, señor, y mucha,
que el rayo de la venganza
no da buenos frutos nunca!

RENATO. ¡Dos tigres quieren clavar
en tu cabeza sus uñas...
Enrique el Borbon es uno,
el otro Omer!...

OLIMPIA. ¡Impostura
villana!

CARLOS. ¡Yo haré que sea
tanta ambicion infecunda!

RENATO. ¡Ay de vos, si del bastardo
á los cuarteles se juntan
los escusones de Cleves!...

OLIMPIA. ¡Astrólogo!

RENATO. ¡Olimpia, escucha!
¡Serás esposa y no madre!
¡de la vejez las arrugas
tus mejillas surcarán,
sin que la edad las produzca!
La sangre de un corazon

que te adora, en noche oscura
saltará sobre tu frente;
y luego inquieta y confusa
no hallarás en tu razon
la antorcha que nos alumbra,
hasta el dia en que del rey
se abra y se cierre la tumba!

OLIMPIA. ¡Rey Cárlos!
CARLOS. ¡No me toqueis!...
OLIMPIA. ¡Oh, Dios mio!
CARLOS. Que se cumpla
la voluntad del Señor!
¡Mujer de mi hermano! Nunca.

ESCENA VIII.

La REINA CATALINA, OLIMPIA, *el* PRINCIPE DE LORENA, RENATO, *en el fondo.*

OLIMPIA. ¡La reina!
CATAL. Allí estaba yo.
Sereis, Olimpia orgullosa,
de un noble anciano la esposa,
de Omer el bastardo, no.
OLIMPIA. ¡Jamás! La muerte primero...
CATAL. Juradlo, juradlo ahora...
OLIMPIA. ¡Si es imposible, señora!
CATAL. ¡Si yo lo mando y lo quiero!
OLIMPIA. Nunca.
CATAL. ¿Estais tan decidida
que no me obedecereis?
¡En poco, Olimpia, teneis
de vuestro amante la vida!
OLIMPIA. ¡Perdon! ¡Perdon!...
CATAL. ¿No jurais?
su vida está en vuestra mano...
OLIMPIA. ¡Esposa yo de ese anciano
viviendo Omer?
CATAL. ¡Le matais
si á mi voz os resistis!...
OLIMPIA. Ya lo sé.
CATAL. ¿Qué respondeis?

¿Reflexionado no habeis?

OLIMPIA. Haré lo que me pedis;
mas con una condicion.

CATAL. ¿Y cuál? Acabemos ya.

OLIMPIA. Que mi enlace quedará
secreto.

CATAL. ¿Por qué razon?

OLIMPIA. Lo exijo.

CATAL. Y yo os lo prometo.
¡Jurad en nombre de Dios!..

OLIMPIA. Juradme en su nombre vos
que guardareis el secreto!..

CATAL. ¡Olimpia! El tesoro apuro
de mi indulgencia.

OLIMPIA. Es verdad.

CATAL. ¿No acabaremos?

OLIMPIA. Jurad.

CATAL. ¡En nombre de Dios lo juro!

OLIMPIA. ¡Y que iracundo y violento
abrase el rayo de Dios
á cualquiera de las dos
que falte á su juramento!

CATAL. ¡Olimpia, suceda asi!

LORENA. ¡Y Dios castigue al perjuro!

CATAL. ¡Yo nuevamente lo juro!

OLIMPIA. ¡Y yo tambien!

ESCENA IX.

OLIMPIA DE CLEVES, *poco despues* ARTURO. Raoul?

OLIMPIA. (*Cayendo en tierra sin conocimiento.*)
¡Ay de mí!

ARTURO. (*Quiere levantar del suelo á Olimpia, no puede, y coloca la cabeza de esta sobre una de sus rodillas.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

CATALINA DE MÉDICIS.

ACTO SEGUNDO.

Gran salon en el Palacio del Louvre; puertas laterales: gran puerta en el fondo. A la derecha del espectador el trono de Carlos nueve.

ESCENA PRIMERA.

OLIMPIA, RAOUL.

OLIMPIA. ¡Fuerza es confesarle hoy mismo!..
Vendrá como en otros tiempos,
enamorado y galan!..
¡Querido Omer! ¡Dulces sueños
de felicidad! ¡Pasásteis!
¡no volvereis!.. Otro medio
no está en mi mano. Raoul...
RAOUL. Señora...
OLIMPIA. No vacilemos.

Escúchame. ¿No recuerdas
que fuí yo, la que cediendo
del alma á la caridad,
te dí en tus años primeros
esa ternura de madre
que al nacer te robó el cielo?
¿Recuerdas que he sido yo
la compañera en tus juegos
infantiles? ¿Olvidaste
por ventura, sin quererlo,
que en tu larga enfermedad
te dió mi mano alimento,
y una tras otra pasé
las noches junto á tu lecho?

RAOUL. No, señora: aqui grabó
con caractéres de fuego
una eterna gratitud
tan amorosos recuerdos.

OLIMPIA. Y si yo de sacrificios
tan cortos te pido el premio;
si yo te digo... «Raoul,
»soy desgraciada y padezco;
»he menester de tu vida,
»porque es forzoso el secreto,»
¿tendrias valor bastante
para cumplir el empeño?

RAOUL. Hablad, señora; por mí
no abrigueis ningun recelo.
El noble escudo de Cleves
está adornando mi pecho,
y es mas noble el corazon
que se dispierta aqui dentro.
(Arrodillándose: Olimpia apoya una de sus manos sobre la cabeza de Raoul.)

OLIMPIA. ¡Pobre niño! Si algun dia,
cuando en tu infancia mis dedos
desenredaban las trenzas
de tus rizados cabellos,
me hubieran profetizado
astrólogos ó hechiceros,
que el niño trocado en paje...

RAOUL. Hablad, señora: os lo ruego.

El tiempo vuela y no vuelve.
¿Qué exigis de mí?

OLIMPIA. Yo quiero
que del anciano almirante
Coligni, jefe supremo
de los Hugonotes, salgas,
Raoul querido, al encuentro.
Hoy debe entrar en Paris
con su brillante cortejo,
y es fuerza que tú...

RAOUL. Enjugad,
señora, un llanto indiscreto:
lengua tienen las paredes
de los palacios, y es bueno
ocultar hasta la pena,
si es justa y honrada, en ellos.

OLIMPIA. Con el famoso almirante
cabalga un buen caballero,
tan noble como galan,
de cinco lustros mancebo.
Banda azul sus hombros cruza,
su traje de guerra es negro,
su nombre, Omer. ¡Estas manos
aquella banda tejieron
para él, en otros dias
mas puros y mas risueños!

RAOUL. ¿Nada mas?

OLIMPIA. Dirásle tú,
que llorando le devuelvo
las prendas de su cariño...
¡que para su amor ya he muerto!
¡Que no entre en Paris, Raoul,
que no entre en Paris!..

RAOUL. (*Levantándose.*) Entiendo.

OLIMPIA. Si acaso te preguntare
la razon, dile que el cielo
se opone á nuestra ventura...
y si el dolor, al saberlo,
le hiere, no le abandones,
Raoul, ni por un momento...
Cuídale, como si fuera
tu hermano, yo te lo ordeno...

con igual solicitud
que yo en tu niñez!...

RAOUL. ¡Me acuerdo!
¿Eso es todo?

OLIMPIA. Vete ya.
¡Guárdete Dios!

RAOUL. Os prometo
cumplir como bien nacido.

OLIMPIA. ¡Cuidado, Raoul, silencio!

RAOUL. ¡Dios, con ser Dios, no es bastante
para arrancarme el secreto!
(Se arrodilla; besa la mano de Olimpia. El Baron de Saint-Paul en la puerta del fondo. Raoul se retira.)

ESCENA II.

OLIMPIA, *el* BARON DE SAINT-PAUL.

ST.-PAUL. ¡Siempre llorosa! ¿Y por qué?
Duquesa...

OLIMPIA. Ya en su aposento
me espera su majestad;
y mi deber...

ST.-PAUL. ¿Nos veremos
hoy, señora?

OLIMPIA. ¿Y por qué no?
Soy vuestra esposa y os debo
obediencia y sumision.

ST.-PAUL. ¿Conformidad y respeto?
¿No es esto, Olimpia?

OLIMPIA. ¡Señor!

ST.-PAUL. Olimpia, yo no pretendo
que pases la triste vida
en público cautiverio.
Por mas que honrarme pudiera
que el mundo viese en tí puesto
mi nombre, desde hoy renuncio
á cuadro tan halagüeño.
Pero tú sacude en cambio
del corazon ese peso
que entristece tu mirada,

que va encorvando tu cuerpo.
Si el rey Cárlos nono, Olimpia,
á tu ambicion puso un freno,
maldícele, Olimpia, á él;
pero permite en tu duelo
que esposo tuyo ante Dios,
me mire en tí con el tierno
cariño de un padre. ¡Olimpia!
Tú sufres, y yo deseo,
tus lágrimas enjugando,
matar tu padecimiento.

UN PAJE. La reina por vos pregunta,
señora duquesa.

OLIMPIA. ¿Luego
ireis á verme, señor?
(*Tendiéndole la mano; Saint-Paul se la besa.*)

ST.-PAUL. Con el alma os agradezco...

OLIMPIA. ¡Qué noble y qué generoso!

ST.-PAUL. ¡Qué hermosa es!

ESCENA III.

El BARON DE SAINT-PAUL, *el* CONDE DE SAINT-LUC, LOUVIER DE MAUREVEL.

ST.-LUC. Este encuentro
me recompensa el disgusto
de las paces que se han hecho.
¿No es cierto, señor baron?

ST.-PAUL. No lo sé.

ST.-LUC. (*Ap.*) Su tono seco
me desconcierta. Louvier
de Maurevel! ¿Cómo tan presto
en la ciudad de Paris,
insigne soldado, os vemos?

LOUVIER. La reina asi lo dispuso,
y yo á la reina obedezco.

ST.-LUC. Y obrais como buen vasallo.

LOUVIER. Como quien soy.

ST.-LUC. No lo niego.
¡Ya no vive el de Condé! (*Con alegria.*)

¡El pobre Borbon!

LOUVIER. Ha muerto.

ST.-PAUL. Le mataron por la espalda
y estando ya prisionero.

ST.-LUC. ¿Qué importa? Tendremos siempre
un hugonote de menos,
y es algo: con los herejes
ese ardid no tiene precio.
Sistema que dé con todos
en tierra, sistema bueno.

ST.-PAUL. Solo habla asi quien no ha visto
en ancho palenque abierto
brillar las templadas cotas
de sus adustos guerreros:
quien no saludó la aurora
de Montcontour, ni el esfuerzo
probó de Condé, ni el brazo
del Almirante, aunque viejo.
Solo habla asi, quien respira
entre cintajos envuelto,
sin dar á su rey su sangre,
sin dar su llanto á esos pueblos
que el plomo deja en la lucha
tintos en sangre y desiertos.
(*Se entra en la habitacion del Rey.*)

ESCENA IV.

El CONDE DE SAINT-LUC, LOUVIER DE MAUREVEL, *Cortesanos.*

ST.-LUC. ¡Mal católico!

LOUVIER. ¿El Baron?

ST.-LUC. El mismo. Y con ese gesto
avinagrado... ¿Ya os vais?

LOUVIER. Que os guarde, Saint-Luc, el cielo.

ST.-LUC. ¿Tan pronto?

LOUVIER. La reina espera,
y hacerla esperar no debo.
(*Se entra en la habitacion de la Reina.*)

ESCENA V.

El CONDE DE SAINT-LUC, *Cortesanos.*

ST.-LUC. ¡Este si que es buen católico!
¡El campeon mas austero
que cuenta la cristiandad!...
En toda ocasion dispuesto;
le dicen que mate y mata,
que entierre al difunto luego,
y le entierra, con su poco
de *miserere Mei, Deus.*

ESCENA VI.

El CONDE DE SAINT-LUC, CATALINA DE MÉDICIS, OLIMPIA, LOUVIER DE MAUREVEL, *Damas, Pajes y Caballeros.*

UN PAGE. La reina.
CATAL. (*A Louvier en voz baja.*)
Habeis de matar
aquel á quien yo señale.
ST.-LUC. ¡Qué reina tan ejemplar!
(*Al grupo de Caballeros que le rodean.*)
LOUVIER. Juro...
CATAL. ¡Louvier, sin jurar!
ST.-LUC. ¡No hay en virtud quien la iguale!
(*Catalina acompañada de sus damas y de Louvier y precedida de sus pajes entra en la capilla.*)

ESCENA VII.

El REY CARLOS, CONDE DE SAINT-LUC, LATOUR, *Pajes, Monteros, Lansquenetes, Caballeros.*

DENTRO. El rey.
DENTRO. El rey.
ST.-LUC. Caballeros,
ya ha vuelto el rey de la caza.

CARLOS. ¡Señores, que os guarde Dios!
ST.-LUC. Gran rey.
CARLOS. Las brillantes galas
del traje son una prueba
de que aceptais y os agradan
las paces con Hugonotes.
ST.-LUC. La voluntad del monarca
es la mia.
CARLOS. Siempre que
sobre el campo de batalla
no ostente Cárlos noveno
el gran blason de su raza.
ST.-LUC. ¿Fué la batida completa?
CARLOS. Saint-Luc, al rayar el alba
empezó. Como era justo,
el príncipe de Navarra
mi hermano, por ser esposo
de Margot, me acompañaba.
ST.-LUC. ¿Será diestro el bearnés?...
CARLOS. Es cazador de montañas. (*Con burla.*)
Dichosamente ha empeñado
mi madre su real palabra
de darle un libro muy sabio
que de cetreria trata:
la obra de Pietra-Monte
sobre la noble enseñanza
de los terzuelos, halcones
y gerifaltes. Y gracias
(*Con tono burlon y señalando á Latour.*)
que muy solícito el bueno
de Latour le aconsejaba...
LATOUR. Si fuera mozo, señor,
ninguno me aventajara
en tan alegre ejercicio,
como ninguno me iguala
en odio á los Hugonotes.
CARLOS. Por eso tanto os ensalza
mi buena madre. Ya es hora,
los de mi córte y mi casa.
Hoy mismo el jefe supremo
de la reforma, á mis plantas
pronunciará el juramento

que restituye la calma
al pueblo francés. Reemplacen
el brocado á nuestras armas,
y el cántico del festin
al clarin de las batallas.

ESCENA VIII.

El CONDE DE SAINT-LUC, *Caballeros*, *Lansquenetes en el fondo.*

ST.-LUC. ¡Qué buen rey! Celebraremos
con fiestas y luminarias
la paz del reino. Desde hoy
nuestras discordias acaban.
Católicos y Hugonotes
son hermanos por la sabia
voluntad...

ESCENA IX.

El CONDE DE SAINT-LUC, RENATO *por el fondo*, *Caballeros y Lansquenetes.*

ST.-LUC. ¡Hola! El astrólogo.
¿Qué busca en la régia estancia?
¡Renato, guárdeos el cielo!
RENATO. ¡A los católicos guarda
la omnipotencia de Dios!
¡Ay de quien la vida arrastra
de la reforma en el lodo
pestífero encenagada!

ESCENA X.

El CONDE DE SAINT-LUC, RENATO, CABALLEROS, OMER. *La presencia de este produce murmullos de disgusto entre los cortesanos: poco á poco se van separando de él, hasta dejarle completamente aislado. Lansquenetes en el fondo.*

OMER. ¡Por fuerza he de verla aquí!
¡Qué confusion tan extraña!

ST.-LUC. Omer el bastardo... si.
(*Al grupo de caballeros católicos.*)
OMER. ¡Si el corazon no me engaña
no se ha olvidado de mí!
¡Famoso recibimiento!
ST.-LUC. La reina de la capilla
se dirige á este aposento.
Miradla : en sus ojos brilla
la virtud.
OMER. ¡Feliz momento!
(*Vuelve la Reina del oratorio acompañada de Olimpia, de sus damas y de Louvier, precedida de sus pajes.*)

ESCENA XII.

RENATO, OMER, *Cortesanos*, CATALINA DE MÉDICIS, OLIMPIA, LOUVIER DE MAUREVEL, *Damas, Pajes, Lansquenetes en el fondo*, *el* CONDE DE SAINT-LUC.

OLIMPIA. ¡Omer!
(*En voz ahogada, á punto de desmayarse.*)
CATAL. (*En voz baja.*) Olimpia, cuidad
no se me falte al respeto.
OMER. (*Ap.*) ¡Qué hermosa viene!
OLIMPIA. (*A la reina*) Es verdad.
CATAL. Olimpia, reflexionad
que yo sé vuestro secreto.
Componed vuestro semblante.
OMER. Señora...
CATAL. ¿El primero vos
en palacio?
OMER. El almirante...
CATAL. ¿No tiene fé el protestante
en los que sirven á Dios?
OMER. La tiene y grande.
CATAL. Id por él;
acompañarle es razon
para mas ostentacion.
OMER. Ya os obedezco.
CATAL. (*Señalando á Omer.*) Maurevel,
en la primera ocasion!

ESCENA XIII.

CONDE DE SAINT-LUC, RENATO, CATALINA DE MÉDICIS, OLIMPIA, LOUVIER DE MAUREVEL. *A una señal de Catalina las damas y caballeros se retiran al fondo y se confunden, formando diferentes grupos, dejando en primer término á Catalina de Médicis y á Renato. Lansquenetes.*

CATAL. ¿Qué nos anuncian, astrólogo,
tus últimas experiencias?
RENATO. Don Enrique de Navarra,
á creer en las estrellas,
será rey de Francia un dia.
CATAL. Si el trono de Francia hereda
la raza de los Borbones;
si toda esa raza entera
no muere de enfermedad
ó no sucumbe en la guerra.
Ya Juana de Albret ha muerto;
tranquilo duerme en la huesa
el príncipe de Condé;
y andando el tiempo, no fuera
extraño que el de Navarra
dejase en mal vuestra ciencia.
RENATO. ¡Solo es infalible Dios!
CATAL. ¡Verdad, astrólogo, eterna!
Decidme: ¿no haceis memoria
de cierta historia ó leyenda,
la del doctor de Perusa
con un tirano de Siena?
RENATO. Si, señora.
CATAL. Referidme
de nuevo...
RENATO. Oid. Los dos eran,
el médico y el tirano,
dos hombres de gran conciencia.
El médico muy versado
de la magia en los problemas,
con gran copia de saber
un libro escribió sobre ella.

CATAL. ¡Un libro!...
RENATO. Súpolo el rey,
y el libro pidióle en prueba
de vasallaje; el doctor
nególe al rey la obediencia,
y el rey mandóle cortar
al buen doctor la cabeza.
CATAL. Seguid.
RENATO. Al verse el doctor
en situacion tan estrecha,
á su libro encomendó
de su venganza la empresa.
CATAL. ¿De qué modo?
RENATO. Envenenando
las fojas.
CATAL. ¡Gran sutileza!
RENATO. Era muy sabio el doctor,
como nacido en Florencia.
CATAL. ¿No es vuestra patria?
RENATO. Y tambien,
reina y señora, la vuestra.
CATAL. Proseguid.
RENATO. El rey leyó
con ansiedad indiscreta
el libro, y entre tormentos
de misteriosa dolencia
al médico de Perusa
siguió el tirano de Siena,
al rayar el cuarto dia
de cumplida la sentencia.
CATAL. ¿Al cuarto dia? ¡Qué horrible
historia! ¿Y de qué manera
obró el veneno?
RENATO. El doctor
pegó las fojas con cierta
composicion de su ingenio...
que en el dia se conserva.
El rey para despegarlos
y en la lectura volverlas,
vióse forzado á mojar
en saliva y con frecuencia
los dedos, y de este modo...

CATAL. ¡Lance curioso! ¡Gran ciencia
la del doctor!
(*Sacando un libro de la escarcela.*)
RENATO. ¿Pero qué?...
¿Aun guardais en la escarcela
el libro que os traje yo
de Italia, y que el modo cuenta
de criar á los terzuelos
y halcones, obra compuesta
para Castruccio, el antiguo
tirano de Lucca?...
CATAL. Vedla.
RENATO. Es la misma.
CATAL. Al de Navarra
hoy mismo entregar es fuerza
este libro; há muchos dias
le está esperando su alteza.
RENATO. ¿Y cómo le habeis guardado
tanto tiempo?
CATAL. La experiencia
es muy sabia. Un buen piloto
recoge á su tiempo velas,
y á su tiempo sin temor
de los escollos las suelta.
Consulté para este lance
á cierto doctor de prendas
estimables, y él me dijo
que en vano el Borbon espera
asentar sobre sus sienes
del santo rey la diadema.
RENATO. ¿Y qué razones os dió?...
CATAL. Muy graves, muy valederas.
Me dijo que amenazaba
una enfermedad violenta
al príncipe bearnés.
RENATO. ¿Y creeis que Enrique muera
de la tal enfermedad?
CATAL. ¿Por qué no? Razas enteras
á veces han sucumbido,
quedando en sombras envuelta
la causa de tanto duelo.
¡Hondos secretos que encierra

y oculta al saber humano
la Divina Providencia!
Llevad, pues, al rey Enrique
mi yerno, las sabias letras
de Pietra-Monte. Este libro
contiene doctrinas nuevas
sobre la caza. Tomad.
No despegueis por leerlas
sus hojas... el despegarlas
trabajo y saliva cuesta.
Llevad el libro al Borbon,
que ansioso este libro espera.
¿Qué es eso? ¿Miedo teneis
de recibirle? Esa es buena.
¿No veis mi mano sin guante?
Dádselo, que desespera
ir á caza y no poder
coger las aves que vuelan.
(*Entra en su habitacion acompañada de sus damas y sus pajes.*)

ESCENA XIV.

CONDE DE SAINT-LUC, LOUVIER DE MAUREVEL, RENATO, *Caballeros, Lansquenetes en el fondo.*

ST.-LUC. ¿Os vais tan pronto?
RENATO. La reina
me ha dado un mensaje que urge
cumplir... ¡Para el bearnés! (*Con intencion.*)
ST.-LUC. ¡Hablais en tono tan lúgubre,
que me llenais de pavor!
¿Se puede saber?
RENATO. Ya ruge
la tempestad, y mas cerca
de lo que muchos presumen.

ESCENA XV.

Conde de Saint-Luc, Louvier de Maurebel, Renato, *Caballeros, el* Rey Carlos, *el* Baron de Saint-Paul, Latour, *Lansquenetes en el fondo, Pajes.*

Carlos. Astrólogo, ¿á dónde vais,
¿de qué trata ese volúmen?
¿de santos? ¿de dar un giro
mas honesto á las costumbres?

Renato. No, señor.

Carlos. ¿Por qué motivo
queréisle ocultar? ¿No es útil
su lectura? Dadme el libro.

Renato. La reina quiere que estudie
el rey de Navarra en él. (*Con intencion.*)

Carlos. Dadme ese libro, que cumple
(*El Astrólogo le entrega el libro.*)
quien obedece á su rey:
un buen vasallo no arguye.
¡Cuidado con que la reina
llegue é entenderlo ó vislumbre
que está en mi poder! Enrique
es ya mi hermano y me incumbe...
(*Leyendo.*) «*Tratado sobre la enseñanza de*
»*los terzuelos, halcones y girifaltes*, dedi-
»cado al señor Castruccio Castraccani, tira-
»no de Luca, por Pietra-Monte.»
Autor de nota. Tomad,
(*En voz baja á Latour, este entra en las habitaciones del rey.*)
que es joya digna de Louvre;
guardadlo do solo yo
lo encuentre cuando lo busque.
Astrólogo, adios. Por fin
(*Movimiento entre los cortesanos, agitacion, murmullos, ruido en los salones interiores, clari es dentro, marcha militar.*)
mi córte gozosa acude
á la fausta ceremonia
que para siempre destruye
nuestras discordias. Señora

(*Aparece Catalina de Médicis precedida de sus pajes y rodeada de las damas. La acompañan Olimpia y el Príncipe de Lorena.*)
madre, junto á mí os saluden
Cátolicos y Hugonotes,
pues sois la que al fin los une.

ESCENA XVI.

El REY CARLOS, CATALINA DE MÉDICIS, *el* PRÍNCIPE DE LORENA, *el* BARON DE SAINT-PAUL, *el* CANCILLER L'HOPITAL, LOUVIER DE MAUREVEL, *el* CONDE DE SAINT-LUC, OLIMPIA, *el* ALMIRANTE COLIGNI, OMER, *damas, caballeros, pajes, y* LANSQUENETES *en el fondo.—El rey Cárlos IX ocupa el trono; á su lado Catalina de Médicis, el Príncipe de Lorena á los piés del trono. A derecha y á izquierda el Baron de Saint-Paul, el Conde de Saint-Luc, Louvier, Olimpia, los caballeros y las damas y los magistrados del parlamento, los pajes de la Reina, del Rey, de Olimpia y del Baron de Saint-Paul, delante de los Lansquenetes. El Canciller L'Hopital entra acompañando á Coligni, Omer á la cabeza de los Hugonotes, se coloca frente al trono. Un paje lleva la lanza y el casco del Almirante.*

CARLOS. Nobles de Francia, oid. Mi augusta mano
la oliva hermosa de la paz envia
á cuantos hoy en mi presencia veo,
á cuantos viven en la patria mia.
Yo el primero he de ser que el acta firme
de la fraternidad... ¡no mas discordias!
eterno olvido nuestros odios borre,
y levántese aqui con arrogancia
noble pendon, que á la revuelta Europa
muestre el poder de la atrevida Francia.
L'HOPIT. ¡Gracias, ínclito rey! El pobre anciano
dobla alegre esta vez las dos rodillas
delante de ese trono soberano!
(*Dando al rey el tratado de paz.*)
De Francia canciller, cuando veia
por ambos bandos con fiereza extraña
despedazadas nuestras sábias leyes,

acaso tuve la cobarde idea
de abandonar al hijo de mis reyes.
¡Bendita tu bondad, Dios de justicia!
Ya consiguió el afan de mis desvelos
dar á estas guerras fin; ya protectora
baja la oliva de los altos cielos!

CATAL. Yo tambien, canciller, la feliz hora
aplaudo de esta paz: tambien yo veo,
por mas que el mundo lo contrario crea,
colmado en ella mi mejor deseo.
Es tiempo ya de que á la córte vuelva
Gaspar de Coligni.

CARLOS. ¡Paz á mi Francia!

ST.-PAUL. ¡Paz eterna y leal! En el combate
nunca el último fuí; buen caballero,
en el régio salon, que alce la oliva
de olvido y amistad seré el primero.
¡Juro en nombre de Dios omnipotente!..

COLIGNI. ¡Rey de Francia!..

CARLOS. Escuchad.

COLIGNI. Yo el Almirante
de Francia, yo, sostenedor, caudillo
de todo un bando, á tu grandeza augusta
en nombre suyo la cabeza humillo.
No hay mas que un Dios y la virtud nos guia
á su santa mansion: quien viva en ella
podrá seguro al inmortal retiro
por fácil senda encaminar su huella.
Rey Carlos nono, oid: aunque tempranas
brotaron, hoy su autoridad me otorga
la honrada nieve de mis nobles canas.
No es un perjurio abandonar la guerra;
no será nunca infame apostasia,
guardando nuestra fé, librar la tierra
de la sangre infeliz que se vertia:
¡Paz á los pueblos, paz! Amante estreche
la esposa al paladin contra su seno,
al hijo de su amor la madre inquieta,
y allá en su albergue de esperanzas lleno,
al ver de nuevo la tendida alfombra
de verdes frutos y de espigas de oro,
enjugue al fin entre ruidoso aplauso

el pobre labrador su ardiente lloro.
¡Paz á los pueblos! vencedora un dia
(*Desenvainando la espada.*)
en los montes de Helvecia, coronada
de lauros ciento en el florido carmen
que el Adige fecunda, encadenada
por el brio español en la funesta
rota de san Quintin, y siempre honrada,
la pongo á vuestros pies; mi espada es esta.
(*Coloca su espada á los pies del rey.*)
¡Ay de quien falte al juramento dado!
Álcense de sus tumbas mis mayores,
¡álcense de sus tumbas, si yo miento;
y escúpanme en el rostro irreverentes,
si no es puro y leal mi juramento!

CARLOS. ¡Paz á los pueblos, paz! Mi mano propia
(*Devolviéndole la espada.*)
os la devuelve, Coligni, sin mengua,
como vino á mis piés. ¡Desde este dia
festines, danzas!... Por doquiera el gozo
solemnice la luz de tal ventura...
¡Y siquiera una vez el alborozo
de mis vasallos el espacio atruene,
sin que de susto el popular estruendo
el receloso corazon me llene!
(*El rey Cárlos y Catalina bajan del trono. Los caballeros hugonotes y los señores católicos se mezclan y se confunden y van desapareciendo por el fondo. Catalina acompaña al Almirante y cambia con él algunas palabras. Coligni besa la mano de la Reina y se retira. Vánse con él Omer y el Baron de Saint-Paul: les siguen algunos protestantes y católicos.*)
Guárdete el cielo, Omer.

OMER. ¡Señor!...

CARLOS. Mi hermano,
porque es mi sangre, en tan solemne dia
debe á sus anchas estrechar mi mano.
(*Omer besa la mano del Rey y se confunde en el grupo que rodea á Catalina y Coligni.*)

Olimpia, no os vayais.

OLIMPIA. Señor, mi frente
ardiendo está; la calentura quema
mi sangre...

CARLOS. Y asi es.

OLIMPIA. ¡Funesto dia!

CARLOS. Olimpia, no os vayais. ¡Qué vida! Afuera
cetro y collares y diadema y manto.
Una partida de aljedrez. No puedo
soportar la revuelta babilonia
de la gobernacion.

OLIMPIA. ¿Y no es mas triste
que os tengan por un rey de ceremonia?
¡Reinad, reinad, señor!

CARLOS. (*Con voz baja y con miedo de que le oigan.*)
Reinar yo quiero...
Pero.. ¡ay!.. es tal mi situacion... escucha...
¡tengo miedo á reinar! Paje, el tablero.
(*Dos pajes colocan el aljedrez sobre la mesa.*)

CATAL. Olimpia, despejad.

ESCENA XVII.

El REY CARLOS, CATALINA DE MÉDICIS.

CARLOS. Ya satisfecho
se agita el corazon: las paces estas
vuelven la calma al intranquilo pecho.

CATAL. ¿Y has creido en la paz?

CARLOS. ¿Si creo en ella?
Yo si.

CATAL. Yo no.

CARLOS. ¿Por qué?

CATAL. Pretendo, Cárlos,
clavar al fin tu vacilante estrella.
¿No te ha ofendido la mirada altiva,
el continente audaz del Almirante?

CARLOS. ¿Audacia en él? No, madre; os aseguro
que me encantó su varonil semblante.

CATAL. La inexperiencia de tu edad nos mata.

CARLOS. Gaspar de Coligni...

CATAL. La inexperiencia

con mentido color te le retrata.

CARLOS. Se ha firmado la paz: todos vinieron
al mandato del rey: en mi presencia
de ser leales la promesa hicieron.

CATAL. ¿Tú los creiste?

CARLOS. El juramento es santo...
quien falta á él la maldicion provoca
y la ira de Dios!...

CATAL. Hijo... no tanto.

CARLOS. Madre, ¿qué me decis?

CATAL. Quien disimula,
ese sabe reinar.

CARLOS. Mi fé es la prenda
de estos conciertos; los firmé yo mismo...

CATAL. Cárlos, de Dios la indignacion tremenda
á quien niega su ley abre un abismo.

CARLOS. Madre, me estremeceis.

CATAL. Cárlos, escucha.
Yo sé lo que es reinar; cuando carece
el trono de poder y bulliciosa
la bastarda ambicion se agita y crece.
Yo en tu nombre reiné de esta manera.
Mas de una vez en el sombrio fondo
del alma devoré sus desafueros.
Por mas que nobles y oportunos sean,
no es rey el rey que los instintos fieros
no encadena de un pueblo á su albedrio;
no será rey, quien mi consejo escuche
y haga desprecio del consejo mio.
Acabe el torpe afan que los devora:
pueblo y nobleza la cerviz humillen
á Cárlos nono su señor; ya es hora.
Sobre los restos de su antiguo esfuerzo,
quebrantado por mí, súbete al cabo,
y alma sin voluntad, cuerpo sin vida,
harás del reino para tí un esclavo.

CARLOS. ¿Qué otra cosa pedis?

CATAL. ¡Lo que yo quiero!
De tus hombros caerá tu régio manto,
si uno hay que niegue la inmortal pureza,
ciego y sin fé, de nuestro dogma santo.

CARLOS. ¡Ah, no; me horrorizais!

CATAL. Sangre hugonota
purifique el altar, y esta semilla
que el diablo siembra y que en tus pueblos
desaparezca al fin. (brota

CARLOS. Tan vil perjurio,
tan vergonzosa deslealtad seria...

CATAL. Ley es de leyes la razon de estado.

CARLOS. No es ley, señora, la vergüenza mia.
¿He de mentir la fé que les he dado?

CATAL. Escucha. Ha tiempo que mi celo ardiente
te condujo á Avignon, donde encontramos
á dos legados pontificios?...

CARLOS. Cierto.

CATAL. ¿Hablé con ellos?

CARLOS. Si.

CATAL. ¿Despues marchamos
del reino vasco á la frontera?...

CARLOS. El puerto
de Bayona aclamó nuestra llegada.

CATAL. ¿Y alli del rey Felipe recibimos
con gran solemnidad una embajada?...

CARLOS. Me acuerdo bien.

CATAL. ¿Para mayor decoro
dióte el de Alba, de su rey en nombre,
rico de piedras, el toison de oro?...

CARLOS. Todo es verdad; conservo en la memoria
cuanto alli sucedió.

CATAL. Pues oye atento.
A quien destruya la reforma impia,
no ha de faltar el santo valimiento
del vicario de Cristo, ni el influjo
del monarca español.

CARLOS. ¿Y de qué modo?

CATAL. ¡La astucia, Cárlos, eslabon primero
de esta cadena en que el silencio es todo!...
¡Ni olvido, ni piedad! Asi lo quiso,
de Flandes domador, el Duque de Alba.
Sucumban todos: su esterminio deje
la católica ley triunfante y salva.

CARLOS. ¿Vuelta otra vez á proclamar la guerra?
¿Vuelta otra vez, escándalo del mundo,
con sangre propia á fecundar la tierra?

CATAL. No es eso, Cárlos.
CARLOS. ¿No? Si claramente
no me explicais...
CATAL. Hoy mismo, en esta noche
cúmplase al fin el religioso empeño...
¡No haya amistad, ni fé para el impio!...
Incautos duerman de la muerte el sueño.
CARLOS. ¿Asesinarlos?
CATAL. O renuncia al trono.
CARLOS. No, no. ¡Quiero reinar!
CATAL. La hoguera que arde,
si tú no apagas su violenta llama,
ha de abrasarte á tí, temprano ó tarde.
CARLOS. ¿Inmolarlos asi, cuando tranquilos
descansando en la fé de mi palabra?...
CATAL. El no romperla, á tu pais, á Europa
siglos de horribles desventuras labra.
CARLOS. ¡Es un crímen!
CATAL. Renuncia á la diadema,
si el nuevo sol cadáveres no alumbra
á los que siervos hoy, serán mañana...
CARLOS. Para evitar tan vergonzoso yugo,
tengo la ley.
CATAL. (*Sonriéndose*.) ¿La ley? Renuncia al trono,
que bien no estan en él los que deprimen
su dignidad con infantil flaqueza.
CARLOS. ¿Renuncio al trono si renuncio al crímen?
CATAL. ¡Medítalo!
CARLOS. Renunciaré primero.
CATAL. (Al fin consentirá.)
CARLOS. ¡Que el cielo os guarde!
CATAL. Cárlos, adios.

ESCENA XVIII.

El REY CARLOS, *sus dos pajes.*

CARLOS. ¿Me arrancarán el trono?
¡Tal vez tenga razon!... ¡Reinar yo quiero!
¡Y reinaré desde hoy!.. ¡Nadie en mi nombre!
Paje, á Olimpia dirás que aqui la espero.

(Se va uno de los pajes y vuelve con Olimpia. Coloca las piezas del aljedrez.)
Quien aspire á mandar debe ser hombre!

ESCENA XIX.

El REY CARLOS, OLIMPIA, *los dos pajes en el fondo.*

OLIMPIA. ¡Gran señor!
CARLOS. Venid acá;
vuestro asiento, Olimpia, es este.
Juguemos una partida:
el juego acaso serene
mi agitacion.
OLIMPIA. ¿Qué motivo?
CARLOS. Secretos guardar no puede
á vuestro lado, duquesa
Olimpia, el rey Cárlos nueve.
OLIMPIA. ¿No me direis la razon?
CARLOS. ¡Proyectos de sangre siempre!
(Con indiferencia, jugando.)
OLIMPIA. ¿Y habeis consentido en ellos? *(Con terror.)*
CARLOS. No; ya es hora de que empiece
á ser rey. Tiempo sobrado
he sido de otros juguete.
OLIMPIA. Decis bien, y hareis mejor
si á cabo llavais...
CARLOS. Los reyes
han de ser á sus palabras
y á sus juramentos fieles.
OLIMPIA. ¡Gran Dios! *(Sobresalto.)*
CARLOS. ¿Qué teneis?
OLIMPIA. No es nada.
CARLOS. ¡Estais palida!...
OLIMPIA. La fiebre
me abrasa. Jaque á la Reina. *(Jugando.)*
CARLOS. La acometida es valiente.
Con un caballo venis...
El tal caballo es hereje.
¡Por fuerza! Al primer ataque
jaque á la reina... corriente.
Jaque al rey.

OLIMPIA. Ya lo esperaba.
A la reina. (*Jugando.*)
CARLOS. Me parece
que debo jugar asi.
El tal caballo se mete
en mala senda, y es justo
que en ella le den la muerte.
OLIMPIA. ¡Quién sabe!
CARLOS. Murió.
(*Matando el caballo con la reina.*)
OLIMPIA. Me quedan
dos torres y otro ginete.
Adelante el hugonote.
(*Moviendo el otro caballo.*)
CARLOS. Con muchos alientos viene.
No ha visto que vá á lanzarse
la reina sobre él y en breve.
¡Qué inexperiencia! Lo mismo
que sus hermanos: se duermen
y no sospechan incautos,
que hay tigre que los aceche.
OLIMPIA. Señor, la reina os propuso...
(*Curiosidad: sobresalto, como adivinando lo que es.*)
CARLOS. ¡Qué fatigoso accidente!
¡Que será! Sombria nube
de sangre mi vista envuelve.
OLIMPIA. Se retira el hugonote.
(*Retirando el caballo.*)
CARLOS. Bueno seria que hiciesen
lo mismo... cuentos componen
del Almirante la hueste.
OLIMPIA. ¿Alguna desgracia grande
(*Sobresaltada: queriendo leer en su semblante.*)
los amenaza?
CARLOS. Un torrente
de sangre innunda el tablero.
¿Se salvará, si perecen,
la corona que el derecho
divino puso en mis sienes?
¿Tendrá mi madre razon?

Los enemigos que mueren,
sin un milagro de Dios,
del mundo desaparecen.
¿Morirán? ¡Estos muñecos
destilan sangre!... ¡Se mueven!...
La sombra del Almirante
ante mis ojos se estiende
severa, altiva, orgullosa...
Sus amenazas encienden
mi ira, sin que el terror
la sangre en mis venas hiele...
¡Con él está el de Navarra!...
¡Mi hermano el bastardo quiere
con insolencia arrancarme
la corona de mi frente.
«¡Yo quiero reinar!... ¡Yo quiero
reinar!» ¡Morirás, imbécil!...
(Dando una fuerte puñada en el tablero y agarrando entre sus manos una de las piezas.)

OLIMPIA. ¡Gran rey!

CARLOS. ¡Olimpia!... creí...
Con terribles caractéres
he visto... ¡Ilusion!... Juguemos
otra vez... ¿Qué ruido es este?

ESCENA XX.

El REY CARLOS, OLIMPIA, *el* BARON DE SAINT-PAUL *acompañado de algunos caballeros. Poco despues* CATALINA DE MÉDICIS *con sus damas, el* CANCILLER L'HOPITAL, *el* PRÍNCIPE DE LORENA.

ST.-PAUL. ¡Justicia, señor, justicia!

CARLOS. ¡Que nunca un monarca huelgue
cuando es su gusto!

ST. PAUL. ¡Justicia!
Un desalmado, un aleve,
de muerte acaba de herir
al almirante. Las leyes
(Aparecen la Reina y Mangiron, por la

izquierda; el Canciller y Lorena por el fondo.)

del honor se han hecho trizas.
En los Hugonotes hierve
la indignacion; este crimen
la santa paz compromete.
Venid, que el noble Almirante
la herida profunda os muestre,
y vuestra presencia allí
el atentado condene.

CARLOS. Tenis razon. Canciller,
á vuestro celo compete
descubrir al asesino:
y ya poderoso ostente
prerogativas de conde
ó de la iglesia el bonete,
su cabeza ha de caer
sin piedad.

CANC. ¡En tan solemne
instante os alumbra Dios!
¡Justicia, justicia siempre!

CATAL. Con vos, hijo mio, iré,
que tal galardon merece
el noble Almirante.

CARLOS. Vamos.

(Se retira por el fondo, acompañado de sus pajes, de Saint-Paul y de otros caballeros.)

CATAL. Id y juntad prontamente
á nuestros parciales todos.

LORENA. Sitio apartado conviene.
¿En dónde reina y señora?..

CATAL. En el palacio de Cleves.

OLIMPIA. ¡Tener que ocultar mi llanto!
¡Pobre Omer!

LORENA. ¿Cuándo?

CATAL. A las nueve.

(Váse detras del Rey, con sus damas y otros caballeros de la córte, Lorena, etc. Olimpia se deja caer anegada en lágrimas sobre un sillon.)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

LA CONJURACION.

ACTO TERCERO.

Habitacion de Olimpia en su palacio: tres puertas en el fondo, que se abrirán á su tiempo: la alcoba de Olimpia á la derecha: un gran tapiz cubre su entrada. Una ventana á la izquierda: mesa con recado de escribir. Una lámpara alumbra la escena.

ESCENA PRIMERA.

OLIMPIA, *el* BARON DE SAINT-PAUL. *Olimpia sentada, el Baron de pié á su lado.*

ST.-PAUL. No direis de vuestro esposo,
Olimpia, que os avasalla.
OLIMPIA. Es verdad.
ST.-PAUL. Yo propio intimo
silencio á mi desconfianza,
y no os pregunto, señora,
de tanto pesar la causa.
OLIMPIA. Y de nuevo os agradezco
generosidad tan rara.

Dejad que derrame á solas,
sin que os fatiguen, mis lágrimas;
ellas alivian la pena
que va escondida en el alma.

ST.-PAUL. Si, Olimpia; pero un dolor
tan pertinaz, si no mata,
despierta dudas que ofenden,
sospechas que despedazan.
Tended la vista, si no,
por esas funestas salas
en que Cárlos de Valois
aires se da de monarca.
Fatídica sombra envuelve
del régio dosel las gradas,
y no hay vil accion que en ellas
no encuentre amparo. Sus alas
agita la corrupcion
vistosas y engalanadas,
y á esta deidad vergonzosa
ya culto rinden y parias
caballeros de honra y prez,
mujeres de gran prosapia.

OLIMPIA. Señor, ¿qué vais á decirme?

ST.-PAUL. La verdad: verdad que amarga
y avergüenza; que envilece
al hombre de honor; que llama
sobre un pueblo corrompido
de Dios la justicia santa!
¿Qué son hoy en la ciudad
que gobernó doña Blanca
los condes de la nobleza,
de los palacios las damas?
Estas, Olimpia, cobardes
ó licenciosas, se arrastran
en derredor de la Reina;
y si la Reina lo manda,
venden á cualquier galan,
por un secreto, sus gracias.

OLIMPIA. Señor de Saint-Paul, yo he sido
(*Levantándose.*)
dama en palacio, y sin mancha
está mi frente, sin cieno

mi corazon

ST.-PAUL. Las palabras
que he pronunciado, con vos,
por vida mia, no hablaban.
Ya sé yo que en el cortejo
de Catalina os proclaman
el fénix de la virtud...
Ya sé yo que de mis canas
la honra no ha padecido
al contraer esta alianza...
¿Pero quién me dice á mí,
que vuestro pecho no guarda
memorias tristes de alguna
pasion malaventurada?

OLIMPIA. ¡Y tan honda que la llevo
aqui! Pasion insensata,
profunda, por muchos dias
sentida, siempre guardada,
y que os revelo, señor,
porque he de tener la audacia
de entrar en lucha con ella
y á mi virtud sujetarla.

ST.-PAUL. El nombre quiero saber...

OLIMPIA. ¿Para qué? Señor... ¿no os basta
que guarde yo vuestro honor
como un tesoro? ¿Mi fama
quereis arrojar al mundo
para que lenguas villanas,
al calumniarme, la vuestra
menudos pedazos hagan?

ST.-PAUL. ¡Olimpia! (*Con tristeza.*)

OLIMPIA. ¿Os vais?

ST.-PAUL. Al venir
he visto en calles y plazas
apiñarse silenciosa
la muchedumbre agitada.
Aqui mismo en derredor
de vuestro palacio vagan
gentes del pueblo en las sombras
de un gran misterio embozadas.
Olimpia, duerme tranquila:
tu anciano esposo te ampara.

Yo tu sueño velaré,
y nada temas guardada
por quien besa en estas manos (*Haciéndolo.*)
la flor de sus esperanzas.

ESCENA II.

OLIMPIA. *Poco despues* RAOUL.

OLIMPIA. Raoul.
RAOUL. Señora.
OLIMPIA. ¿Le hablaste?
RAOUL. Le hablé.
OLIMPIA. ¿Qué dijo?
RAOUL. En la estancia
del Almirante por fin
le encontré. Junto á la cama
de aquel venerable anciano
suspiros y quejas daba.
Al ver en mi pecho el noble
escudo de vuestras armas,
del herido se apartó
y vino á mí. Mis palabras
oyó en silencio; despues
se deslizaron dos lágrimas
por sus mejillas, y dijo...
«Es fuerza: yo quiero hablarla
»esta noche, y la hablaré
»por última vez. Mañana!!!»
Calló, y enjugando el llanto
volvióme el garzon la espalda.
OLIMPIA. ¡Venir á verme! ¡Imposible!
Mucho el corazon le ama;
pero pesa mucho mas
el deber en la balanza.
Espera, Raoul. Ya es hora (*Escribiendo.*)
que de incertidumbres salga.
¡Pobre Omer!.. ¡tan caballero!
¡Y fué la ausencia tan larga!
¡Mi solo y primer amor!...
¡Para Omer! Y sin tardanza.
(*Besando la carta.*)

ESCENA III.

Olimpia, *arrodillándose.*

¡Señora del alma mia,
mi amor en su amargo duelo
á tí su oracion envia;
acógela desde el cielo,
oh santa Vírgen Maria!
Yo le amé cuando á su amor
el alma entregarse pudo
sin culpa ni deshonor...
¡sé tú, señora, el escudo
que limpio guarde mi honor!
Si horrible fatalidad
aqui le trae en mal hora,
alcance á él tu piedad...
Solo su vida, señora,
es hoy mi felicidad.
¡No sé qué presentimiento!...
Protégele mientras vive...
y cuando muera... ¡oh tormento!..
en tu regazo el aliento
postrero suyo recibe.
Señora del alma mia,
mi amor en su amargo duelo
á tí su oracion envia:
¡acógelo desde el cielo,
oh santa Vírgen Maria!

ESCENA IV.

Olimpia, Omer *por el fondo: se desemboza y tira al suelo la capa.*

Olimpia. ¡Omer! No.
(Al verle se dirige á él, y se detiene á la mitad del camino.)
Omer. ¿Por qué motivo
huyes de mí? ¿Qué te asusta?
¿Temes la reconvencion,

Olimpia? Mi honor te jura
que late el pecho tranquilo
y el bien que perdió no busca.
La ausencia es muerte de amor;
la resignacion cordura;
¡si me olvidaste, ¡paciencia!
¡que tu voluntad se cumpla!

OLIMPIA. ¡Ay Omer! ¡Te inspira Dios!
¡Bien haya amen la que escucha
palabras que dan al fin
aliento en la desventura!
¡Bien haya amor tan sentido,
que se conforma y no acusa!

OMER. No es amor el que obra asi:
tu juicio, Olimpia, se ofusca...

OLIMPIA. ¿Pues qué?...

OMER. El desprecio...

OLIMPIA. ¡Ay... Omer,
no hubiera creido nunca!...
¡Que Dios te perdone el daño
que me has hecho aqui!...

OMER. ¿Lo dudas?
¿Que me perdone? ¿y de qué?
¿de haber consagrado juntas
mi fé y mi vida á tu amor?
¿de haber tenido la absurda
creencia de que eras tú,
no mujer, sino la hechura
perfecta, conjunto hermoso
de cuanto la ciencia suma
pudo crear del Eterno
en virtud, en hermosura,
y en lealtad? ¿de esto quieres
que Dios me castigue? Injusta
te encuentro. Déjame, Olimpia,
con mis amantes locuras,
y no dispiertes en mí
de mi venganza las furias.

OLIMPIA. ¿Nada mas? ¿Es eso todo?

OMER. Nada mas.

OLIMPIA. ¿No me preguntas
siquiera, Omer, la razon

de esta mudanza? ¿Tan dura
es la ley de tu cariño,
que sin escucharme juzga?
No lo esperaba de tí;
de tí, cuyo amor fué mi única
felicidad en el mundo!

OMER. ¡Olimpia!

OLIMPIA. Omer, quien insulta
con el desprecio, no debe
saber si es grande la lucha
que desgarra el corazon,
aqui en lo mas hondo oculta.
¿Qué importa á una lengua osada
dejar á otra lengua muda?

OMER. ¡Olimpia!

OLIMPIA. Mujer que amó,
justo es que en silencio sufra
de su cariño insensato
la envenenada amargura:
bueno es que llore en silencio
sus lágrimas una á una,
gotas de fuego que vuelven
al corazon. ¿Quién enjuga
el llanto de esa mujer
desesperada y confusa,
que llora porque es el solo
placer que no la disputan,
que sufre porque es el pago
del amor qne la subyuga?

OMER. Olimpia, rasga la venda
del todo; sin nubes luzca
el rayo de la verdad:
el corazon no se muda.
Yo te quiero mas, Olimpia,
que puede querer la lluvia
el labrador, y el rocio
las flores que al sol despuntan.
¡Yo te amo! (*Arrodillado.*)

CARLOS. (*Dentro.*) Saint-Paul.

ST.-PAUL. (*Id.*) ¿Qué manda
su majestad?

OLIMPIA. ¡Dios me acuda!

OMER. ¡El rey aquí! ¡en tu palacio!
¡Olimpia... que te confunda
el cielo!

OLIMPIA. ¡Omer... En mi alcoba
sin mas dilacion te oculta.
(*Apareeen por la puerta del fondo la Reina Catalina y el Príncipe de Lorena.*)

ESCENA V.

El REY CARLOS, CATALINA DE MÉDICIS, *el* PRINCIPE DE LORENA, *el* BARON DE SAINT-PAUL, *el* CONDE DE SAINT-LUC, LOUVIER DE MAUREVEL, OLIMPIA, OMER, *una escolta de lansquenetes*, RENATO.

OLIMPIA. ¿Honrais, señora, mi ducal palacio?
¿Podré saber de tal venida?...

CATAL. Luego.

CARLOS. El anciano Saint-Paul nos acompaña...

OLIMPIA. ¡El rey aquí tambien!...

CARLOS. (*Señalando á Catalina.*) Cedí á su ruego.

ST.-PAUL. ¿Y á mí no me direis? (*A Catalina.*)

CATAL. Es un asunto
de estado...

ST.-PAUL. Olimpia retirarse debe.

CATAL. No, Saint-Paul; de la fé no niega Olimpia,
tu buena esposa, el dogma sacrosanto.

ST.-PAUL. No comprendo... (*A Lorena.*)

LORENA. Esperad...

CATAL. (*Al Rey.*) ¿Tomas asiento?
(*El Rey hace ademan de sentarse, se detiene á la pregunta de Catalina, que separándose un poco del cortejo, le dice en voz baja,* Cárlos... ¿quieres reinar?)

CARLOS. No, madre, no.

OLIMPIA. ¡Cuánto padezco, cuánto!

CATAL. Cárlos... ¿quieres reinar?

CARLOS. Herencia mia
el trono fué.

CATAL. Para reinar no basta.
¿Quieres reinar?

CARLOS. Yo sí.

CATAL. Triste y sombria
tiende su manto la postrera noche!
Mañana alumbre con su luz el dia
la libertad de un rey encadenado...
encadenado, si , sujeto al yugo
de una faccion altiva y turbulenta,
que proclamando un dogma irreverente,
mina tu trono; á tu placer la miras
mandar en tus ciudades las mejores,
negar osada con traidoras iras
la fuerza de tu ley. Si caballeros
los vistes hoy, envueltos á tus ojos
en ricos trajes de brocado y seda,
desnudarán mañana sus aceros
por tu debilidad, ó tu abandono,
y á Enrique de Borbon, al de Navarra,
colocarán sobre tu mismo trono.
CARLOS. ¡Madre, otra vez! de tan horrible crímen
pruebas no hay. ¿Mi autoridad acaso
los Hugonotes con descaro oprimen?
CATAL. Hablad, Lorena, vos. Sepa el monarca
que se aceptó la paz para que en ella
se ahogara al fin del hugonote bando
el negro influjo y la maldita estrella.
No hay esperanzas ya de que termine
el mal que cunde y la traicion provoca,
si vuestro acento generoso y grave
no desbarata obstinacion tan loca.
LORENA. Rey de Francia, escuchad: donde hay dere-
hay deberes tambien: los sacrificios (chos
carga no son para cristianos pechos.
Del Sinaí sobre el sagrado monte,
misteriosa leccion, de sus hermanos
los hijos de Levi con fé segura
en sangre tiñen, sin piedad, sus manos.
¿Y vos vacilareis?... ¿Será que el mundo
por culpa vuestra en vuestra raza imprima
el sello vil de su desden profundo?
CARLOS. ¡Oh! ¡Me horrorizo!
CATAL. Vacilar es mengua...
La paz de Francia, la salud de Europa,
Cárlos, estan pendientes de tu lengua.

(Se abren las puertas del fondo y aparecen una muchedumbre de conjurados, con cruces blancas en el pecho, y armados, con teas encendidas.)

¿Qué te aguardan no ves?

ST.-PAUL. Señor, que esperen...
antes de quebrantar un juramento,
el que es honrado y los que reinan, mueren.

LORENA. ¿Y si el reino demanda su castigo?
¿Si ya es preciso á la civil discordia
su sepultura abrir? ¿Si las creencias
de nuestros padres su doctrina mata
y destruye la paz de las conciencias?
¿Será justo, Saint-Paul, será prudente
impulso dar al ponzoñoso viento?...

ST.-PAUL. ¿Y quién se atreve á levantar murallas,
príncipe de Lorena, al pensamiento?
Justicia y caridad, gritaba el mismo
hijo de Dios, el que murió enclavado
en una cruz por redemir al hombre
de la funesta mancha del pecado.
Obediencia y respeto á nuestras leyes,
no la sangre, señor, dan buen cimiento
al inseguro trono de los reyes.

LORENA. Gran rey, al pueblo escandaliza el culto
de extraña religion; el desagravio
siga al delito: el repetido insulto
pide venganza, y el vasallo nunca
contradice á su rey...

ST.-PAUL. ¡Máxima ímpia!
¡Asi se arrastra por la mala senda,
asi se perderá la monarquia!
¡Buen rey, no los creais!... ¡Es un delirio!
si al consejo cedeis, los que murieren
conquistarán la palma del martirio.

CATAL. Cárlos, á un pueblo se le salva, y nunca
se dá razon de lo que se hace al pueblo.
Fin ya pongamos á la lucha impia
que el estado enflaquece, y un instante
de oportuno rigor...

LORENA. ¡Temed de Roma
las iras y el poder!..

ST.-PAUL. ¡Temed del mundo
la eterna execracion! Hubo insensatos
reyes que fueron sin razon perjuros
y con sus pueblos á la vez ingratos;
pero llegó de la verdad la hora,
aquella, ó Rey, en que se acaba el hombre
y el alma culpas de la vida llora,
y esos reyes, señor, se despidieron
de su dosel, sin que bordara el llanto
consolador de un pueblo agradecido
rico floron en su mortuorio manto.
En nombre del honor, por vuestra gloria,
el rayo suspended de la venganza,
porque justicia no es...
(*Murmullos de indignacion; sonrisa de satisfaccion en Catalina.*)
Pueblo, aun me quedan
fuerza en las manos y en el pecho brio;
á la causa del Rey dió la victoria
en cien combates el esfuerzo mio,
¡Jarnac y Montcontour! ¡Oh! Provoquemos
una lucha campal; sufra el vencido
la ley del vencedor... ¡no asesinemos!
CARLOS. (*Ap.*) Su noble rostro la honradez anima.
CATAL. Saint-Paul. (*Ap.*)
ST.-PAUL. ¿Qué me mandais?
CATAL. ¿No se interesa
vuestro honor en la lid? Por que os prevengo
que alguno quiere en vuestra amante presa...
ST.-PAUL. Yo sé, gran reina, la mujer que tengo.
CATAL. Como querais, y agradeced mi aviso...
ST.-PAUL. Leal vasallo, en apreciarlo vengo.
CATAL. ¿Quieres reinar?
CARLOS. Yo, si.
CATAL. Tu fé me agrada.
¿Daré la órden?
CARLOS. Dispondréislo al punto.
¡Ni juramentos, ni promesas!..
CATAL. Nada.
CARLOS. De los proscritos pronunciad el nombre.
RENATO. Gaspar de Coligni.
CARLOS. Muera el anciano...

(*Miradas de inteligencia entre Catalina y el Astrólogo.*)

RENATO. Enrique de Borbon...

CARLOS. ¡Es el esposo
de mi hermana!

CATAL. Lo sé.

CARLOS. Yo quiero mucho
á mi pobre Margot, y si muriera
Enrique el bearnés...

CATAL. Sigue, te escucho.

CARLOS. Perdonemos por hoy, por hoy siquiera,
á un descendiente de San Luis.

CATAL. Accedo
á pretension tan natural.

CARLOS. ¿Hay otros?

RENATO. Omer... ese bastardo...

CARLOS. De mi padre
es hijo.

CATAL. Y mio no.

CARLOS. Pues bien...

CATAL. ¡Vacila!

RENATO. Mas que otro alguno á la corona fiero
y audaz alzó su pensamiento loco...

CARLOS. Es mi hermano...

CATAL. ¿Qué mas?

CARLOS. No sé. No quiero.
Se salvarán los dos... Omer y Enrique.

CATAL. En cuanto á los demas...

CARLOS. Que sus cabezas
levanten hoy á la reforma un dique.

CATAL. Todos, menos los príncipes.
(*Á Louvier y grupo de caballeros.*)

LOUVIER. Corriente.
¡Viva el rey! (*Con voz reconcentrada.*)

TODOS. ¡Viva el rey!

CATAL. Para esta noche.

LOUVIER. La blanca cruz en nuestros pechos brilla.
(*Enseñándola. Todos los conjurados se desembozan y dejan ver sobre su pecho una cruz igual.*)
¿Hora?

CATAL. Las doce. El funeral tañido

de una campana...

LOUVIER. ¿Cuál?

CATAL. La de la torre
de San German L'Auxerrois.

CARLOS. Marchemos.
No sangre, hielo por mis venas corre.

CATAL. (*A los conjurados.*)
Dios, Cárlos y Médicis.

LOS CONJURADOS. Dios, Cárlos y Médicis.

ID. LOS ÚLTIMOS. Dios, Cárlos y Médicis.

RENATO. ¡Tarde ó temprano la justicia alcanza
al impio... al traidor!

CARLOS. Vámonos, madre...

CATAL. ¡La religion y el rey!

TODOS. (*En voz reconcentrada.*)
¡Muerte y venganza!

ESCENA VI.

OLIMPIA, OMER, *que sale precipitadamente y se dirige á la puerta por la que han marchado los conjurados. Olimpia le detiene.*

OLIMPIA. Quieto... A mi lado. Primero
que salgas de aqui...

OMER. Ninguna
razon me detiene, Olimpia.
Corro á lidiar en su ayuda.
¡Villana traicion impia
que el claro brillo deslustra
del trono! ¡Victoria ó muerte!
Y ahóguense en sangre suya
traidores que brindan paces
para cavar nuestras tumbas.

OLIMPIA. Detente, Omer; no te arrojes
en esa espantosa lucha.
¡En nombre de Dios se alzaron!

OMER. ¡Mentira! ¡Torpe impostura!
Ese Dios de las batallas,
Olimpia, no ha sido nunca
el dios del asesinato.
¿Y he de dejar que las puntas

del puñal en mis hermanos
se claven, y que sus rudas
manos incautas no vibren
la fuerte espada que empuñan?

OLIMPIA. ¿Yo nada soy para tí?
¿te olvidas de la ternura
de aquel amor?...

OMER. ¡Oh! Tu amor
tiene semejanza, y mucha,
con esa paz que juraron
las gentes que te circundan.

OLIMPIA. ¿Y si mi amor fué la causa
de tanta malaventura?
Si te hubieran dicho... «Omer,
»ó muere Olimpía, ó renuncias
»á su amor.»

OMER. ¡Olimpia!

OLIMPIA. ¡El rey!...
despues Catalina.—Escucha.
Me hablaron de un gran enlace:
lo rechacé; pero astuta
la reina, me amenazó
con que en tu vida la injuria
del desprecio vengaria.
Tú sabes que ella su cuna
tuvo en Florencia, y quién es
lo dice la lengua muda
de la Francia, que ve en ella,
de miedo y pavor confusa,
mano que en secreto mata
y que en secreto sepulta.
Tu vida la recompensa
fué, Omer, de mi desventura.
Cedí... consagré la mia
á un noble anciano...

OMER. Pronuncia
su nombre, Olimpia.

OLIMPIA. Saint-Paul...

OMER. ¡Rayo de Dios me confunda!

PLIMPIA. ¡Omer, Omer!

OMER. ¡Ni siquiera
poder vengarme! ¿Y aun dud a

mi corazon? Ese anciano
sostuvo con fé segura,
con celo ardiente la causa
de mis hermanos: robusta
tronó su voz: ese anciano
es noble, es leal, no busca
la victoria en la traicion...
es un padre que disputa
nuestra vida á los verdugos
que arrancárnosla procuran...
La suya nos es sagrada;
sagrado su honor... ¡Que ruja
(Se oye á lo lejos la campana de San German tocando á rebato.)
el viento de los sepulcros!
¡La muerte, la muerte!
(Tira de la espada y se encamina á la puerta. Olimpia le detiene.)

OLIMPIA. Nunca.

OMER. ¡Olimpia, Olimpia!

OLIMPIA. No quiero;
no has de salir.

OMER. ¡Importuna
pretension! ¿Y qué me importa
la vida, cuando se nubla
el sol de mis ilusiones?
Cuando es tu pecho la tumba
que guarda cenizas hoy,
la que era ayer santa y pura
pasion ardiente...

OLIMPIA. ¿Y quién dice
que no es mi pecho la urna
sagrada en que se conserva
porque el llanto la fecunda?

OMER. Olimpia...

OLIMPIA. Ya es necesario
que amor el deber sacuda,
y arranque á mi corazon
el gran misterio, la única
felicidad de mi vida.
«Yo te amo, yo te amo...» Acusa
mi amor de crímen... No importa...

«Yo te adoro...» di que en pugna
el amor con la virtud
vencer toca á la segunda...
está bien... «¡Yo te idolatro!»
yo te idolatro, y se cruzan
mis manos, y yo te ruego
con mis lágrimas... Convulsa,
loca de amor... en mis brazos...
(*Omer se arroja en sus brazos.*)
en ellos al cabo anuda...
(*Aparece el Baron de Saint-Paul.*)
los recuerdos de dos almas
distantes ayer y hoy juntas...
Asi, bien mio... Que vengan
de los verdugos las turbas;
veremos si á mí me arrancan
tan gran tesoro en su furia.
¡Ah!
(*Da un grito al ver á Saint-Paul y se separa violentamente de los brazos de Omer.*)

ESCENA VII.

OLIMPIA, OMER; *el* BARON DE SAINT-PAUL.

ST.-PAUL. ¡Seré yo quien lo arranque
hecho pedazos, señora!
OMER. ¡Conde de Saint-Paul!
ST.-PAUL. Mancebo,
apresta tus iras todas.
Aqui el palenque.
OMER. Jamás.
ST.-PAUL. ¿Me obligarás á que ponga
mi mano en tu cara?
(*Tirándole el guante á la cara.*)
OMER. ¡Ah! Nunca.
ST.-PAUL. Bastardo, la edad me agobia;
pero sé que en mí el honor
bajo la edad no se encorva.
OMER. Matadme entonces á mí.
OLIMPIA. Á mí, que imprudente ó loca
del alma le revelé

misterios: á mí que sorda
al grito de mi conciencia
os dí la mano de esposa,
hundiendo en mí corazon
este amor que hoy emponzoña
mi vida, que me avergüenza,
que mis entrañas devora;
dadme la muerte, señor,
que honrada la muerte invoca
(*Arrojándose á sus pies.*)
la que abraza tus rodillas
y besa tu mano y llora...

ESCENA VIII.

OLIMPIA, RAOUL, *el* BARON DE SAINT-PAUL, OMER.

RAUL. (*Dentro.*) ¡Señora y madre, socorro!
OLIMPIA. ¡Raoul! ¡Raoul!
(*Levantándose y acudiendo á Raoul, que se presenta desencajado, herido ligeramente en la frente de un tiro de arcabuz: trae una carta en la mano.*)
ST.-PAUL. ¿Qué os asombra?
OMER. ¡Está herido!
(*Olimpia enjuga con su pañuelo el sudor del paje.*)
ST.-PAUL. Pajecillo,
¿de dónde venis?
RAOUL. ¡Curiosa
investigacion!
ST.-PAUL. (*A Olimpia.*) Haced
que la verdad me responda...
RAOUL. ¿Debo decir?
OLIMPIA. La verdad.
RAOUL. Duquesa de Cleves, toda?
OLIMPIA. Si, si.
RAOUL. Vengo del palacio
de Coligni, que ya goza
de santa paz en el cielo!
OMER. ¡Maldicion! ¡morir sin gloria!
¡Indefenso!.. ¡asesinado!

ST.-PAUL. ¿Y por qué?

(*Dándole la carta, Saint-Paul la abre.*)

RAOUL. Mirad.

ST.-PAUL. Señora.

OLIMPIA. Leed.

ST.-PAUL. ¡Sin borron mi fama! (*Ironia.*)

«Abandona esta misma noche á Paris: huye, »Omer. No debo, no puedo, no quiero verte. »He consagrado voluntariamente mi vida á »un anciano generoso. Mientras él viva, ni »la mas ligera sombra manchará la nobleza »de sus canas. Olimpia ha muerto: y solo »vive la Baronesa de Saint-Paul. ¡Omer! »¡Omer! cuando yo muera, coloca unas cuan»tas flores en mi sepulcro y derrama algu»nas lágrimas sobre mi cadáver... ¡Adios! »¡Adios!»

Perdona, Olimpia, perdona.

DENTRO. Venganza.

IDEM. ¡Cárlos y Médicis!...

OLIMPIA. ¡Gran Dios!

ST.-PAUL. Los golpes redoblan.

(*Asomándose á la ventana.*)

RAOUL. Los mismos que á Coligni
mataron, y que en su torva
ferocidad me han seguido.

OMER. ¡A morir!

ST.-PAUL. (*Deteniéndole.*) No, á mí me toca
salvaros; mi huesped sois.

OLIMPIA. ¡Su vida, señor!

OMER. La sombra
del Almirante demanda
venganza, venganza, y pronta!

OLIMPIA. Huye, Omer.

OMER. Jamás.

OLIMPIA. Pues bien;

(*Recorriendo todo el escenario y pronunciando los últimos versos en el centro, con energia, como inspirada.*)

mi labio el silencio rompa.—
Abre esas puertas, Raoul;
mi sangre y la suya corran.

Yo soy Olimpia de Cleves; (*Gritando.*)
yo soy la propiciatoria
prenda que Omer sobre el ara
de sus creencias arroja.
Soy luterana; yo creo
de Lutero en la reforma.
Venid, verdugos.

OMER. (*Gritos dentro.*) ¡Olimpia!...

ST.-PAUL. Mancebo, en pedazos rotas
(*Estrépito dentro de puertas, etc., etc.*)
las puertas cayeron ya.
Por aqui; distancia corta
del Louvre os separa: pronto.
(*Abriendo una puerta secreta.*)
Los dos... ¡es jóven y hermosa,
y un pobre viejo os la entrega!...
Raoul, pajecillo, toma
mi daga, lidia con ella
y muere por tu señora.

OMER. ¡A salvarla y á morir!
(*El tumulto mas cercano. Olimpia se abraza á Omer, y entre esta, Saint-Paul y Raoul le hacen desaparecer por la puerta secreta.*)

ST.-PAUL. ¡El cielo mis votos oiga!
Sobre la cruz de mi espada
(*Se cierra la puerta secreta.*)
velemos en su custodia.
(*Saint-Paul se apoya sobre su espada, colocándose delante de la puerta secreta. Entrada tumultuosa de los conjurados, con picas, hachones encendidos, alabardas y arcabuces: entre ellos se reconoce á Louvier. Al ver la actitud tranquila de Saint-Paul, retroceden y se retiran silenciosamente.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

EL LIBRO DE CAZA.

ACTO CUARTO.

Habitacion de Cárlos IX. Una ventana en el fondo; dos puertas laterales; una mesa con papeles.—Es de noche: una lámpara alumbra la escena.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA DE MÉDICIS, *leyendo*, BATHILDE, *bordando una banda*, GENOVEVA, CESARINA, MARTA.

GENOV. Aprisa bordais la banda...
BATHIL. Que va despacio yo creo.
GENOV. ¿Quién es el galan bizarro
que ha de ostentarla en su pecho?
BATHIL. Aquel que mas honra gane,
aquel que con mas empeño
en esta noche sostenga
la causa de Dios.
GENOV. Sospecho
que ha de llevarse la palma
Louvier, por ganar tal premio.

Su valor corre parejas
con su católico celo.

BATHIL. ¡Gracias á Dios que del rey
se cumplen los mandamientos!

GENOV. Caiga por fin en pedazos
el escandaloso templo
que alzaron los Hugonotes
para escándalo del reino!

BATHIL. La batida está dispuesta
con tal cuidado y esmero,
que no ha de escapar ninguno.

GENOV. ¡Reciba Dios en su seno
sus almas arrepentidas!

BATHIL. ¡Con gran fervor se lo ruego!

MARTA. Cesarina, ¿qué teneis?

CESAR. Estoy temblando de miedo.
El clamor de las campanas,
del arcabuz el estruendo...
¡y hay gentes, Marta, que aplauden
tan espantosos estruendos!

DAMA. Callad. La Reina ha dejado
el libro... disimulemos
el terror que nos domina.

CATAL. Sufrir el calor no puedo.
¿Por qué no abris las ventanas?
Dejad que circule el viento...
Abrid, Cesarina, vos...
(*Al tiempo de abrir Cesarina las ventanas suena una descarga.*)

CESAR. ¡Jesus... Jesus... Yo fallezco!...
(*Cayendo en brazos de su compañera.*)

CATAL. ¡Culpable debilidad! (*Levantándose.*)

GENOV. El tal desfallecimiento
da risa y no compasion.

BATHIL. No vuelve...

CATAL. Llevadla adentro.

GENOV. ¡Por unos cuantos disparos
de arcabuz!...

ESCENA II.

Catalina de Médicis, *asomada á uno de los balcones.*

¡Brilla en el cielo
con luz hermosa la luna!
Innumerables luceros
tapizan la azul alfombra,
y en su corriente sereno
desliza sus turbias aguas
el Sena. Al brillar de nuevo
el sol, con sus rayos limpios
alumbrará los trofeos
en una noche ganados
para bien del universo.
Desde hoy lucirá mas pura
la antorcha del evangelio,
sin sombras que ahogar intenten
la santa luz de su fuego.
Y mañana en sus altares
la cabeza humillaremos
en señal de gratitud,
de adoracion y respeto.

ESCENA III.

Catalina de Médicis, *el* Rey Carlos.

Catal. ¡El rey tan pronto! ¿Por qué
te vuelves á este aposento?
¿Acaso... el rey de Navarra?...
Carlos. A buen recaudo le dejo.
Aunque hogonote, es mi hermano,
y que le maten no quiero.
Catal. Obraste con gran cordura.
Rey Carlos IX, aun no es tiempo
de tamaño sacrificio.
Carlos. Decidme, oh madre, ¿podremos
en adelante vivir
en Francia con mas sosiego?
Catal. ¿Quién lo duda? Si se arranca
el mal de raiz, te ofrezco,

te anuncio un feliz reinado!

CARLOS. ¡Quiéralo Dios!

CATAL. Él ha puesto
sobre tu sien la corona...
Tú debes, humilde siervo,
hacer respetar en Francia
de su milicia los fueros.
Si da grandezas el trono,
deberes impone el cetro!

CARLOS. Está bien, asi lo haré;
y ya por vuestro consejo
la sangre corre á torrentes
en todo Paris, y el sueño
de sus habitantes turban
la pólvora y el incendio...
¡El sueño! ¡Dormir! ¡dormir! (*Ap.*)
¡Por Cristo que no me atrevo!
Dos veces quise intentarlo;
dos veces entré en mi lecho...
dos veces sacóme de él
con sus fantasmas el miedo.
Mi sello estampé en la órden...
yo soy el rey de mis pueblos...
¡son mis vasallos!.. ¡mis hijos!
¡velar me toca por ellos!
¡Corre su sangre!... Es un crímen
horrible!... ¡Estorbar yo debo!
(*Arcabuzazos á lo lejos.*)
¡Del trance líbreme Dios!
Son hugonotes, y luego...
entre las sombras no es fácil
que me conozcan... Recemos...
(*Santiguándose.*)
y vuélvame la oracion
la paz del alma y del cuerpo.

CATAL. ¿Te mortifica, hijo mio,
alguna duda? Te veo
desencajado, confuso...
la vista fija en el suelo...

CARLOS. Es natural, madre mia:
corre nuestra causa riesgo...
si triunfan los hugonotes,

adernas del vilipendio,
la esclavitud!... Otras manos
empuñarán este cetro...
CATAL. ¿Triunfar la reforma? No.
Con Dios y nuestro derecho
tenemos, Cárlos, de sobra.
CARLOS. ¿Y morirán los perversos?
¿Todos? ¿Ni uno quedará
para acusarme altanero,
vengador? Yo he quebrantado
la fé jurada: en secreto
armas dí, con que batallan
el populacho y el clero
y la nobleza... mujeres,
ancianos, niños, mancebos,
sembrando la muerte van
por donde quiera, que ciegos
la tea de la venganza
los alumbra. ¿Ni uno de ellos
vivirá?
CATAL. ¡No te alborotes!
Llegó el instante postrero
de la reforma, y mañana,
cuando sus rayos de fuego
derrame el sol, la victoria
cantarán nuestros guerreros.
CARLOS. ¡Dios lo quiera! Solo asi
podré arrancar de mi pecho
el terror!...
CATAL. Debilidad (*Ap.*)
de que, por tí, me avergüenzo.

ESCENA IV.

CATALINA DE MÉDICIS, *el* REY CARLOS, GENOVEVA.

GENOV. Reina y señora...
CARLOS. (*Con esplosion de alegria.*) ¿Qué pasa?
¿Los hugonotes han muerto?
GENOV. A vuestra estancia venid;
desde sus balcones régios
vereis lo que no se ha visto,

lo que á ver no volveremos.
De pronto un grupo de nubes
el astro nocturno ha envuelto,
y en profunda oscuridad
las calles, sombras ó espectros
parecen los bultos que
por ellas van discurriendo.
Retumba allá muy lejano
de los combates el trueno,
y aqui, junto al mismo alcázar,
unos con otros revueltos,
católicos y hugonotes
se libran terrible encuentro.
Es de admirar cómo esgrime,
soldado audaz, el acero,
un mozo que á cada golpe
cuenta un contrario de menos;
junto á él imitar procura
tan belicoso ardimiento
su paje, de pocos años
y de rizados cabellos.
Entre estos dos campeones
se esconde, ó se agita el cuerpo
de una dama, rica presa
que estan los dos defendiendo:
y á juzgar por los que oponen
á sus mandobles su esfuerzo,
hugonotes son los dos,
el paje y caballero.
No temais, señora y reina,
que ganen por fin el puerto
de este alcázar.

CARLOS. Al instante,
Latour... Mis arcabuceros
pongan fin á ese combate;
que sirva de asilo y templo
de inmunidad mi palacio...
(*Mirada de Catalina á su hijo.*)
Ya sé, ya sé... para aquellos
que en pró de la buena causa
ejercitan su ardimiento.

CATAL. Cumplid del rey el mandato.

CARLOS. Quiero estar solo.
MARISCAL. Obedezco.
CARLOS. ¡La bendicion, madre mia!
CATAL. ¡Y la suya te dé el cielo!

ESCENA V.

El REY CARLOS.

¡La de Dios! Es pedir mucho
á su infinita bondad!
¡Asombrosa caceria!... (*Risa sardónica.*)
¡Hagamos por olvidar!... (*Con miedo.*)
¡Si alguno hasta á mí!... Cerremos...
¡Te bendigo, oh soledad!
Me olvidaba del balcon...
(*Cierra ventanas y puertas.*)
¿Qué veo?... Junto al umbral
de aquella casa... Probemos.
(*Toma el arcabuz dispara y cierra asustado el balcon.*)
Cayó el pobrete... ¡Cerrar
es lo mejor y dormir!
¡Dormir, cuando en la ciudad!...
Haré versos... ¿Para qué,
viviendo en Francia Romsard?
Si yo heredé mi corona,
él ha conquistado ya
la del poeta!.. ¡El laurel!
¡Verdes hojas que se dan
al genio!... ¡Se las envidio!
¡No se marchitan jamás!
«*Su lira sobre las almas*
»*le da el poder de reinar,*
»*y solamente á los cuerpos*
»*alcanza mi voluntad.*»
¡Por eso el incendio alumbra!
¡Por eso la muerte va
corriendo de calle en calle,
de lecho en lecho quizás!...
¡Viudez á la desposada!
¡A la doncella horfandad!

¡Qué noche! ¡Horrible! ¡Indefensos
unos tras otros caerán!...
¡Me dan pena!... ¡A buena hora
me grita la humanidad!
¡Me acuerdo de mi niñez!
¡Amyot me enseñó á trovar,
Cipiére lecciones me dió
del bien, para huir del mal,
mas yo seguí los consejos
del de Redtz, y claro está!...
¡Un lago de sangre es Francia!...
¡mi pecho su manantial!
¡Es cierto, el remordimiento
no se hace nunca esperar!
¡Aqui! ¡Paciencia! ¡Ya es tarde!
¡Funesta debilidad!
¡La historia!... ¡Lo que es la historia
de mí no se olvidará!
¡Mi madre!... ¡á veces un hijo
debiera negarse audaz!
¿Quién? No es ella... ¡yo creí!...
¡siempre! ¡Me encuentro su faz
en todas partes... valor!...
¡me espanta la soledad!
Latour. Latour. (*Llamando.*)

ESCENA VI.

El Rey Carlos, Latour.

Latour. ¿Me llamasteis?
Carlos. ¡Si he llamado! No es cuidar
del rey dejarle tan solo...
Latour. Completa seguridad
hay en palacio.
Carlos. No sé
si en esta noche la habrá.
Latour. Respondo de ello, que en vela
los lansquenetes estan,
y es conocida en el mundo
su noble fidelidad.
Carlos. Lo sé.

LATOUR. ¿Por qué, gran señor,
un rato no descansais
sobre la cama?

CARLOS. ¿Dormir?
(*Ap.*) ¡Cómo pudiera!—No t.
El sueño da vida y cuerpo
á los fantasmas que van
y vienen... ¡no!... ¡velaré!
Es bueno, Latour, cuidar
de la salud de mis reinos.
¿Se sabe?... ¿La mortandad
es grande?

LATOUR. Al nacer la aurora,
ni uno de ellos vivirá.

CARLOS. ¿Ni uno? La nueva enviaré (*Con alegria.*)
mañana á su santidad
el papa Gregorio trece,
y la nueva acogerá
con luminarias y fiestas
y grande solemnidad.
Latour, ¿y el rey de Navarra?

LATOUR. Seguro en su estancia real;
y es hugonote...

CARLOS. A propósito...
del bearnés...

LATOUR. ¿Qué mandais?

CARLOS. El cofrecito de plata,
¡mi Pietra-Monte! (*Ap con alegria.*)

LATOUR. (*Abriendo un armario pequeño que hay en la pared.*)
Tomad.

CARLOS. Como es la caza mi encanto,
en su lectura quizás...
Es libro de mucha fama... (*Sentándose.*)
Podeis iros... No os vayais...
(*El mariscal retirado.*)
(*Leyendo.*) Tratado sobre la enseñanza de los terzuelos, halcones y gerifaltes.
(*Tiros de arcabuz á lo lejos.*)
¡El bueno de Pietra-Monte!
¡En mi poder! Es verdad
que Catalina de Médicis,

como se obstine en lograr
un imposible... Seguro,
lo imposible alcanzará...
«*El halcon: ave que llaman* (*Leyendo.*)
»*de rapiña : este animal,*
»*en lances de cetreria,*
»*es de grande utilidad...*»
Pegadas estan las hojas
(*El actor mojará los dedos en saliva , durante la escena, cuantas veces lo crea necesario , para que el público se penetre de la importancia de la accion.*)
y es fuerza las despegar
asi... que de otra manera...
¡Qué libro! Es un manantial
de buena doctrina! «*Tiene*
»*el pico encorvado y tan...*»
Es cierto... «*pardo el color,*
»*con manchas rojas en la...*»
¡Qué tinta tan pegajosa!
¡Tanto mojar y mojar
me cansa, y no hay otro medio!...
¡Qué noche! ¡Bueno andará
(*Tiros de arcabuz mas cerca.*)
Paris!... ¡Soberbia emboscada!
Los hugonotes verán
por experiencia, si es bueno
del dogma santo dudar.
«*Halcon que lleva corona...*» (*Leyendo.*)
¡Ocurrencia original!
Y he de seguir el consejo,
que es nuevo y muy singular.
«*Si tantos alcones*
»*la garza combaten*
»*á fé que la maten.*»
(*Leyendo. Tiros de arcabuz y gritos desaforados mas cerca.*)
¡Parece que en mi palacio!...
(*Suelta el libro.*)
Dios nos suele castigar
sin palo, ni... ¡Qué tumulto!
¡Dios me favorezca!

OMER.] (*Dentro.*) ¡Atrás!
RAOUL *y* OLIMPIA. (*Dentro.*) Socorro, socorro...
CARLOS. ¡Cielos!
OMER. (*Dentro.*) ¡Asesinos!
CARLOS. ¿Quién será?
OMER. (*Mas cerca.*) ¡Asesinos!
CARLOS. ¡Y los dos
abandonados!... Cerrad.
(*Al dirigirse á cerrar la puerta Latour, entran precipitadamente en la escena Raoul y Olimpia en el mayor desórden y con los trajes desgarrados: detras de ellos Omer, sin casco, herido y con un pedazo de espada en la mano. Omer cierra inmediatamente la puerta por donde han penetrado los tres en la estancia del Rey.*)

ESCENA VII.

OLIMPIA, *el* REY CARLOS, LATOUR, RAOUL, OMER.

CARLOS. Es tarde ya.
OMER. ¡Salvad á esa inocente;
que en esta noche de matanza y duelo
no llame sobre vos su sacrificio
la maldicion del espantado cielo!
OLIMPIA. Quieren matar á Omer, á vuestro hermano;
(*Agarrada á las rodillas del Rey. Este quiere desasirse y se la lleva arrastrando.*)
tended sobre él vuestra clemencia augusta,
dadle, señor, la protectora mano.
CARLOS. No, Latour; junto á mí...
(*A Latour, que ha intentado separarse del Rey.*)
LOUVIER. (*Dentro.*) Rompped las puertas;
ní tregua, ni perdon...
OLIMPIA. Es vuestro hermano.
LOUVIER. (*Dentro.*)
La venganza de Dios las halle abiertas.
OLIMPIA. Es la estancia real... Este recinto
sagrado debe ser.
OMER. Sálvate...

(*Al ver que cae hecha pedazos la puerta.*)
(*Una turba de conjurados armada de puñales y de arcabuces y de teas encendidas; á su cabeza Louvier, se precipitan sobre Omer y le asesinan.*)

ESCENA VIII.

OLIMPIA, *el* REY CARLOS, LATOUR, OMER, RAOUL, LOUVIER DE MAUREVEL, *Conjurados.*

LOUVIER. Muere.
(*Olimpia da un grito y se arroja sobre el cadáver de Omer.*)
CARLOS. ¡Soy el rey!.. ¡Soy el rey!.. ¡Soy buen cató-
¡No, Latour, junto á mí!.. (lico!..
(*Con terror.*)
ST.-PAUL. (*Dentro.*) ¡Señor!...
(*Latour descorre el cerrojo de la puerta de la izquierda.*)

ESCENA IX.

CATALINA DE MÉDICIS, *el* REY CARLOS, BARON DE SAINT-PAUL, OLIMPIA, RAOUL, LOUVIER DE MAUREVEL, RENATO, *el* PRINCIPE DE LORENA, *Damas*, *Pajes*, CESABINA, MARTA, GENOVEVA, BATHILDE, *Arcabuceros y Lansquenetes.*

ST.-PAUL. ¡Ya es tarde!
(*Saint-Paul separa por fuerza del cadáver de Omer á Olimpia. Esta recorre la escena; no conoce á nadie; ha perdido la razon.*)
Escucha de la boca de un anciano,
rey Cárlos, la verdad. Límites puso
Dios en sus juicios al poder humano.
Ese cadáver tu crueldad abona;
la sangre fraternal ha enrojecido
tu cetro de oro y tu imperial corona.
Hombre, á quien tanto la pasion ofusca,
rey que vacila y de cobarde peca,
trono que en sangre su cimiento busca,

no esperen ya que el popular cariño
grite ensalzando su memoria al mundo
con voz de trueno y corazon de niño.
¡No hay leyes, no hay honor! La fé jurada
has quebrantado, oh rey; pedazos hecha
caiga á tus pies, mas con honor, mi espada.
Sombra de rey, bajo tus pies se agita
misterioso poder nacido en Roma,
poder que al mundo sin descanso grita
«*Yo, nada mas que yo...*» ¡Sus iras teme!..
¡Rey de Francia, hay un Dios! ¡Él te perdone,
antes que justo en el tremendo dia
el rayo al fin de su sentencia vibre!
Si es que saciada vuestra sed se encuentra,
¡córte de execracion, el paso libre!
(*Todos le abren camino, y sale de la escena, llevando de la mano á Olimpia y seguido de Raoul.*)

CARLOS. ¡Buen Conde de Saint-Paul!..
(*Al dirigirse el Rey á Saint-Paul, se interpone Renato.*)

RENATO. ¡Sobre tu vida,
rey Cárlos nono, su destino pesa!
Si; ¡cuando Olimpia su razon recobre,
se abrirá para tí la fria huesa!

FIN DEL ACTO CUARTO.

CARLOS IX.

ACTO QUINTO.

Gabinete cerrado en el palacio del Louvre: puertas laterales: una mesa á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA DE MÉDICIS, PEDRO BRIGARD, MARTA, GENOVEVA, CESARINA, BATHILDE, *Dos correos*.

CATAL. Decidme vos, Genoveva...
¿de quién ha sido el precepto?
¿Por qué, sin saber la causa,
á Olimpia en palacio veo?
GENOV. Los pajes del rey, señora,
en busca de Olimpia fueron.
CATAL. Y habeis hablado con ella?
¿Está en su juicio?
GENOV. No es cierto.
¡La misma enajenacion!
Y hay en sus ojos, serenos
en la apariencia, vislumbres

de indignacion y despecho.
¡Pobre Olimpia! ¡compasion
me ha dado!

CATAL. Volved adentro.

ESCENA II.

CATALINA DE MÉDICIS, PEDRO BRIGARD, *los dos correos.*

CATAL. ¿Cómo sigue el rey, doctor?

PEDRO. Señora y reina, yo siento
me obligue un deber penoso
á herir de la madre el pecho.
Rebelde la enfermedad,
no cede al medicamento,
y es la dolencia tan grave,
que solo el poder del cielo!...

CATAL. ¡Hágase su voluntad!
¡Para la tierra nacemos!
Contadme, Pedro Brigard,
de su mal los mas pequeños
accidentes... ¡Sus vasallos
(*Rumores dentro.*)
á saber tienen derecho!...
¡Ya lo veis!.. de su inquietud
hasta aqui llegan los ecos.

PEDRO. Muy despacio examiné,
señora, al augusto enfermo.
Espanta la palidez
de su cara; tiene seco
el paladar, y sus manos
abrasan como un incendio.
Por mas que se le aconseja
que guarde tranquilo el lecho,
se rebela y no obedece
tan útil ordenamiento.
Un rojo sudor de sangre
le inunda, sin que logremos
atinar con el orígen
de un mal para el arte nuevo.

CATAL. ¡Paciencia!... ¡Lo quiere Dios!
Cristiana y madre, prometo

á su alma oracion devota,
sepulcro y llanto á su cuerpo!
¿Os vais?

PEDRO. Ambrosio Paré
queda allí, su predilecto,
su amigo mas bien, señora...

CATAL. Pedro Brigard, hasta luego.

ESCENA III.

CATALINA DE MÉDICIS, *dos correos.*

CATAL. Tomad caballos al punto
(*Sacando de la escarcela dos pliegos cerrados.*)
y salid en el momento
de Paris. Estos despachos
son de importancia... ¡Un secreto
que deposito en los dos!
¡Valor, destreza y silencio!
Los dareis en propia mano
á mi hijo Enrique, tercero
de este nombre cuando empuñe
del trono de Francia el cetro,
y que hoy en Polonia reina
por eleccion de aquel pueblo.
(*Váse Catalina, acompañada de los dos correos.*)

ESCENA IV.

El REY CARLOS, LATOUR. *El Rey trae en una mano el libro de caza y en la otra media hoja del mismo libro. Un paje.*

LATOUR. Volved, mi señor y rey,
á vuestra cama; el sosiego
os aprovecha...

CARLOS. Latour,
es fuerza que en el misterio
penetre yo de su muerte.

LATOUR. Señor y rey, por un perro

vuestra dolencia agravais!...
Si el pobre animal ha muerto,
otro mejor...

CARLOS. Él ha sido
de mi vida el compañero.
Sus ojos cristalizados...
su lengua inflamada... es cierto...
¡Ya lo veis!... Falta un pedazo
de esta hoja!...

LATOUR. No comprendo...

CARLOS. ¡El libro de Pietra-Monte...
la sed que me abrasa!... Quiero
apurar hasta las heces
el cáliz de mi tormento,
y saber si en esto hay crímen,
porque si lo hay, es horrendo.
¿Mandasteis ya que al astrólogo
dijeran?...

LATOUR. En el momento.

CARLOS. ¿Vino ya?

LATOUR. Por mi mandato
está examinando él mesmo...

CARLOS. Al punto, que venga al punto...

LATOUR. ¡Señor! vuestro mal...

CARLOS. Silencio.

ESCENA V.

El REY CARLOS, *el Paje en el fondo.*

¿Tendrán veneno estas hojas?
¡Por fuerza!... ¡Acteon ha muerto!
Regalo de Catalina,
mi madre, para su yerno
el de Navarra, y que yo
por un capricho... ¡Me acuerdo!
¡Justicia de Dios en todo!...
Mojé en saliva mis dedos...
y... agua, pajecillo, y pronto. (*Váse el paje.*)

ESCENA VI.

El Rey Carlos.

¡Si tiene el libro veneno
y es de Florencia la droga...
rey de Francia, no hay remedio!
¡Morir! ¡De vida tan mozo
y de crímenes tan viejo!

ESCENA VII.

El Rey Carlos, *el Paje con una botella de plata y un vaso con agua.*

Carlos. Gracias, pajecillo, y vete.
(*Váse el paje y aparece Renato*).
¡El florentino!... Me alegro
de verle. A cualquiera hora
prueba bien un escarmiento.

ESCENA VIII.

El Rey Carlos, Renato.

Renato. ¡Señor!...
Carlos. Acércate.
Renato. Los resplandores
del trono ofuscan.
Carlos. Florentino, deja
la lisonja por hoy. Ó me respondes
sin mentira y leal, ó con tu vida
pagas, si astuto la verdad me escondes.
¿De qué ha muerto Acteon?
Renato. Aventurado
fuera decir...
Carlos. ¡En Francia hay un verdugo!
Renato. Ha muerto, gran señor, envenenado.
Carlos. ¿Cómo y por quién, astrólogo?
Renato. Lo ignoro.
Carlos. ¿Lo ignoras?

(*Enseñándole la mitad de la hoja y el libro de caza.*)

RENATO. Esto la ponzoña ha sido.

CARLOS. ¿Y es fácil cosa envenenar á un hombre
con este libro?

RENATO. Despegar es fuerza
sus hojas al leer.

CARLOS. ¿Y qué se siente...
algun tiempo despues de haber leido?

RENATO. Un peso enorme que la frente agobia,
nerviosa crispacion que despedaza,
fuego voraz que las entrañas quema,
y mucha sed.

CARLOS. (*Bebiendo.*) Si, mucha. Se asegura
que eres tú gran doctor en drogas tales..,
¿El daño que causó, no tiene cura?

RENATO. ¡Solo de Dios la poderosa mano!...

CARLOS. Ya sé que mas allá de lo terrestre
no van las leyes de poder humano.
Astrólogo... ¿lo ves?... falta del libro
(*Enseñándoselo.*)
una hoja nada mas, y despegadas
estan las otras... la mitad de una
dentro la hallé de la inflamada boca
de mi perro... ¡Esta es! ¿Tu asombro crece?
¿Crímen tan vil tu indignacion provoca,
ó de miedo tu cuerpo se extremece?
¡Astrólogo!...

RENATO. (*Arrodillado.*) ¡Piedad!...

CARLOS. ¿Fué tuyo el libro?

RENATO. Por compasion, oh rey...

CARLOS. Habla mas bajo...
Astrólogo, ¿quién fué?...

RENATO. Decir no puedo...

CARLOS. ¿Quién te lo estorba?

RENATO. Recobrad la calma;
mi lengua embarga y entorpece el miedo.

CARLOS. Levanta y oye. Criminal mentira,
ó funesta verdad, tu ciencia aplaude,
y á un astrólogo en tí la gente mira.
Yo sé quién eres... Te abortó Florencia...
y en Francia ya, con perfumados guantes

tú á la de Albret envenenaste un dia,
madre del bearnés, que es hoy mi hermano.
Tú, derramando ponzoñoso zumo,
tambien envenenaste al de Porciano
de su lámpara propia con el humo;
tú diste muerte á Dumuy el anciano...
Tú eres Renato!...

RENATO. ¡Gran señor!

CARLOS. Escucha.
Yo la fé escarnecí de un juramento;
yo ensangrenté de mi ciudad las calles,
y el caliente vapor del reino todo
cubrió los montes y cegó los valles;
yo en una horca coloqué los restos
del almirante Coligni, y profano
burléme de ellos con palabra y gestos;
yo renové sin caridad cristiana,
de la misa ante el santo sacrificio,
el sacrificio de la raza humana...
¡Yo Cárlos nono soy!... ¡Tú eres Renato!
Mírame... ¡Somos dos! Ó me confiesas
que es de mi madre el libro que me diste,
ó por mi nombre y mi corona juro
que he de arrancar con inflamadas pinzas,
de donde está, tu corazon impuro.

RENATO. ¡Compasion!

CARLOS. ¡No hay piedad!

RENATO. Y si lo digo...
si á obedeceros el temor me inclina...
¡Oh! ¿me perdonareis?

CARLOS. Renato, pronto...
dilo pronto.

RENATO. La reina Catalina...

CARLOS. Agua, Renato... que la sed me abrasa...
(Renato se dirige á la mesa. No bien toma la botella, Cárlos IX aterrado se precipita sobre él y se la arranca de las manos: el mismo Rey echa agua en el vaso.)
¿No habrá remedio ya?
(Cárlos deja sobre la mesa el libro de caza y la mitad de la hoja.)

RENATO. ¡Señor!

Carlos. Renato,
di que tú fuiste... el esplendor del trono
lo pide á gritos... la verdad confiesa,
y yo, que soy tu rey, yo te perdono.
Habla.

Renato. ¡Señor... si la verdad no es esa!
Yo le compré en Italia; vuestra madre
por largo tiempo lo guardó en su armario...
cuando volvió á mis manos, con destino
(*Intencion.*)
á Enrique de Borbon, os empeñasteis
vos mismo... ¿os acordais?

Carlos. El labio sella...
¡Ay, Renato, de tí, si se divulga
tan horrorosa explicacion!

Renato. ¡Es ella!
(*Con terror, señalando á la puerta por donde despues entra Catalina.*)

Carlos. Renato, espera en la vecina estancia,
que va á juntarse, por la vez postrera,
todo lo que hay de criminal en Francia!

ESCENA IX.

El Rey Carlos, Catalina de Médicis.

Catal. Me han dicho, Cárlos, que la ciencia en vano
procura alivio á tu dolencia grave,
y he querido yo misma...

Carlos. ¿Vos, señora?

Catal. Yo, Cárlos, yo, que con el alma siento
tu largo padecer, y que daria
mi sangre toda...

Carlos. ¿Por librarme acaso
de mi largo y cruel remordimiento?

Catal. Ese es, hijo, tu mal; locas visiones
que te alborotan porque humano y pio...

Carlos. ¡Mas sangre aun! ¡Vuestro cariño, oh madre,
cuesta al pueblo francés de sangre un rio!

Catal. ¡Cárlos!

Carlos. Señora, con tan loco empeño
me obligais á creer que dulcemente

las horas corren para vos del sueño.
¿Nunca el insomnio os presentó á los ojos
flacos espectros, sombras funerales
de hirviente sangre entre oleajes rojos?
Madre, para la voz de la conciencia
que grita al fin junto al sepulcro frio,
el humano saber no tiene ciencia.

CATAL. ¡Cárlos!

CARLOS. ¿Qué? ¿Lo dudais? Es maravilla
que en vuestro corazon quepa la duda.
Esa es mi enfermedad... yo lo confieso.
Este rojo sudor que en copia grande
innunda ya la frente ó la mejilla,
no es un efecto material... ¡Es eso!
Es la sangre de tantos inocentes
como cayeron para oprobio mio...
¡Miradla, que esta es! Y como el cielo
clemente y bienhechor el agua envia
para regar las plantas y las flores
que alienta luego con su luz el dia,
pródigo á mí tambien, emponzoñada
planta, con sangre á su sabor rocia.

CATAL. ¡Oh! ¡Qué delirio! Tu razon se ofusca...

CARLOS. ¡Catalina de Médicis!...
(*Con tono amenazador y con mucha energia.*)

CATAL. (*Con suma frialdad.*) ¿Qué quieres?
Tu madre soy. Si á mi pesar sucumbes
de una imaginacion calenturienta
bajo el peso mortal, á mí me toca,
guardadora impasible de las leyes,
alzar y sostener con mano firme
el cetro y la corona de los reyes.
Cárlos, lo veo con dolor; se inclina
tu frente... Es carga para tí pesada
la diadema de un rey; pero entre tanto
que yo respire y la razon conserve,
no irá por tierra su prestigio santo.

CARLOS. ¡Herencia que esperais!

CATAL. No la ambiciono...

CARLOS. ¡Poder que me exigis!

CATAL. No lo deseo...

CARLOS. Huérfano el cetro y sin monarca el trono...
CATAL. Me haces llorar!
CARLOS. Y en vuestro llanto creo...
dejadme, pues...
CATAL. Mi condicion me llama
á tu lado.
CARLOS. ¿Por qué?
CATAL. ¡Yo soy tu madre!...
CARLOS. ¿Quién es mi madre? ¿La que el ser me quita,
ó la que el ser me dió?
CATAL. (*Con asombro.*) ¡Cárlos?
CARLOS. ¡Señora!
Oid la acusacion de un moribundo...
¡de la terrible expiacion ya es hora!
CATAL. Un vértigo infernal te precipita...
CARLOS. ¿Nada en mí veis que os extremezca?
CATAL. Nada.
CARLOS. ¿Y este libro?
(*Con voz de trueno, enseñándole el libro de caza.*)
CATAL. ¡Jesus!
CARLOS. Yo lo he leido...
CATAL. ¡Imposible!
CARLOS. Es verdad...
CATAL. ¡Eso es horrible!
CARLOS. Es obra vuestra.
CATAL. ¡Maldicion!
CARLOS. ¡Ya estalla
en su cólera Dios!.. ¡se abre el abismo!
CATAL. ¡Hijo mio! piedad!
(*Arrojándose en sus brazos: Cárlos la rechaza.*)
CARLOS. ¡Lejos, muy lejos!...
¡No me toqueis!
CATAL. ¡Suposicion! ¡mentira!
CARLOS. ¡Señora, es la verdad!... Mortal ponzoña
de sus hojas brotó... ¡Quien puso en ellas
la muerte, siempre llevará del crímen
en su semblante las profundas huellas!
Un hombre solo del culpable sabe
el régio orígen, el augusto nombre...
y por decoro de mi raza, oh madre,

fuerza es que muera y sepultar á ese hombre.
No me rogueis por él; llegó el momento
de que la inspiracion se quede sola,
de que se quiebre al fin el instrumento.

CATAL. ¡Oh! ¡La fatalidad!

CARLOS. ¡La Providencia!

CATAL. ¡Quién pudo imaginar!

CARLOS. Sellad el labio.
Y si el remordimiento os despedaza,
y desde el corazon sube á la boca,
poned á la conciencia una mordaza.
Callad, callad... El viento llevaria
la fatal confesion por el espacio
agitándola infiel; ¡y qué diria
la Francia... el mundo... Dios! Si en mi pala-
Madre, ¿me conoceis? ¡Yo soy el hijo (cio...
(*Con la daga en la mano. Catalina inmóvil.*)
de Catalina!... Con pavor el viento
ruge... escuchad... la muerte al regicida...
«La muerte» el eco acusador responde...

CATAL. ¡Hijo mio!...

CARLOS. Id en paz; hasta los tigres
(*Tirando la daga.*)
aman á aquella que les dió la vida...
¡No puedo mas!...
(*Cayendo sin sentido en un sillon.*)

CATAL. Latour, Saint-Pris.

ESCENA X.

El REY CARLOS, CATALINA DE MÉDICIS, SAINT-PRIS, LATOUR.

LATOUR. ¡Señora!...

CATAL. Socorro, y avisad á los doctores...

LATOUR. Ya vuelve el rey de su mortal desmayo...

CARLOS. Fuera todos de aqui... dejadme solo...
(*Váse Catalina accompañada de Saint-Pris. Latour los sigue muy despacio.*)
Latour, Latour... ¿Y Olimpia? ¿Ha obedecido
la órden de su rey?...

LATOUR. Ya está en palacio.

CARLOS. ¿Y qué?
LATOUR. ¡Lástima da su desvario!...
CARLOS. ¿Loca? (*Con alegria.*)
LATOUR. Loca.
CARLOS. Está bien... Cuando recobre
la razon... ¡del astrólogo me rio!
(*A una señal del Rey se retira Latour.*)

ESCENA XI.

El REY CARLOS.

¡Tigre, en tu jaula estás! ¡Dentro de poco
dejarás de sufrir! ¡La honda herida
que hay en el corazoa, con el aliento
se irá que lleve tu execrada vida!
(*Se asoma á la ventana.*)
Grupo confuso de apretadas nubes
la luz envuelve del nocturno faro...
manchas de sangre en rededor se miran
de las estrellas... Cerraré.
(*Cierra la ventana con terror.*)
¡Mi estancia
sobra para aterrar! ¡Estoy yo en ella!
¡y conmigo tambien del reino mio
la inmensa maldicion!—¡Me abrasa el fuego
que en mis entrañas arde!...
(*Bebe un poco de agua.*) ¡Me refresca
el agua!... ¡Es santo y bienhechor su riego!
¡Oh! ¡Yo me muero! Si: ¡cómo se mofa
Dios de la creacion! Ante sus iras...
¿qué es, qué es la humanidad? Misterio
que él mismo á su capricho desenrolla
del mundo en el alegre cementerio.
¡Poder y voluntad! La amedrentada
Europa acaso mi furor temia,
y de arsénico un grano solamente
del hombre y del monarca se reia...
¡Sarcasmo horrible!... ¡Sin razon me irrito!
(*Risa sardónica.*)
¡Es tiempo ya que de algazara y broma
lance por fin la humanidad un grito!

¡Del gozo la explosion cuando yo muera!..
¡Locos!... No ven que la raiz les dejo...
¡Mi madre habrá de ser lo que antes era!
Saint-Pris, Latour. (*Aparecen los dos.*)

ESCENA XII.

El Rey Carlos, Latour, Saint-Pris.

Latour. Señor...
Carlos. Los dos... ¿Y Olimpia?
Latour. Vedla.

ESCENA XIII.

El Rey Carlos, Latour, Saint-Pris, Olimpia, *vestida de blanco: su fisonomía tranquila: sus miradas indican el extravío de su razon. Recorre lentamente la escena.*

Carlos. Silencio. ¡Como siempre! ¡Muerta
para el mundo tambien! Inquieta vaga
su mirada tristísima buscando
á Omer... ¡allí murió!... ¡Cayó la puerta!...
¡su sangre aquí me salpicó, en la frente!...
¡Siendo hombre, siendo rey! ¡Fuí fratricida!
¡Tigre, en tu jaula estás!.. ¡Rompe las barras
que te sujetan... por las calles corre
mostrando á todos tus sangrientas garras!...
«Cuando recobre la razon Olimpia»
profetizó el astrólogo...
(*Marcha precipitadamente y se coloca al lado de Olimpia. Esta le mira y no da muestras de reconocerle, y fija sus miradas en el sitio en que asesinaron á Omer.*)
(*Con alegria.*) ¡Deliro!
¡Loca está! ¡Loca está!... ¡No me conoce!...¡
¡Sin que se espante junto á mí la miro!
(*La fisonomía de Cárlos cambia repentinamente: va sintiendo cada vez mas terribles los estragos del veneno.*)
¡Ay! ¡El infierno aquí!.. ¿Qué es esto? Llora.

(*Olimpia va recobrando poco á poco la razon.*)
¡Agua! ¡Me ahogo!...
(*Latour y Saint-Pris se acercan al Rey. Cárlos los rechaza.*)
Nadie; ¡que no venga
mi madre! ¡Olimpia! ¡Se arrodilla y ora!
(*Olimpia se arrodilla.*)
¿Quién me agarra? ¿Por qué? ¡Soltadme! Libre
dejadme el corazon de vuestro yugo!...
¡Sombras!... ¿Quién? ¡Coligni! déjame, an-
(ciano...
¿Te atreves á luchar con tu verdugo?...
¡Piedad, piedad, piedad!... ¡Cielos! ¡Mi her-
Los hugonotes.. gritan: «asesino... (mano!
asesino...» ¿Quién es? ¿dónde se esconde?
¡Soy yo solo!... ¡aqui estoy! ¡Olimpia, Olim-
(*Acercándose á Olimpia.*) (pia!

OLIMPIA. No turbeis mi oracion!

CARLOS. (*Retrocede espantado: grito de terror.*)
¡Ah! ¡Reza y llora!...
¡Me conoce! ¡Gran Dios! Si, de los crímenes
aqui está el manantial! ¡Brotan á rios!
¡Oh, dejadlos correr, que pesa mucho
la conciencia al morir! ¡Nadie me ama!
¿Ni yo tampoco? No. ¡Me abraso... siento!...
¡Agua!.. No... ¿qué es mejor? ¡si yo pudiera!
si... ya sé lo que es. . ¡Remordimiento!...
¡Por favor... por favor! ¡Un poco de agua!...
(*Cae desplomado en tierra luchando con las agonias de la muerte.*)
De rodillas... yo iré.
(*Arrastrándose hácia el sitio en que está Olimpia arrodillada.*)
¡Sudor de sangre!...
Si... si... ¡qué angustia! ¡Coligni!.. ¡Mi her-
(mano!
¡Imposible!.. ¡No mas!.. ¡El cetro! el trono!..
¡Olimpia!.. ¡Olimpia! ¡tu perdon!.. ¡tu mano!
(*Muere.*)

OLIMPIA. (*Levantando la cabeza del Rey y colocándola sobre sus rodillas.*)

¡Que le perdone Dios!.. ¡Yo le perdono!...

ESCENA XIV.

Catalina de Médicis, *el* Rey Carlos ix, Olimpia, *el* Baron de Saint-Paul, *que se coloca al lado de Olimpia*, Latour, *el* Principe de Lorena, Louvier de Maurevel, Renato, Cesarina, Marta, Genoveva, Bathilde, Saint-Pris, *Lansquenetes*, *Pajes y Damas*. *Pueblo dentro.*

Latour. ¡Ha muerto el rey!
(*Gritando á la puerta de la izquierda.*)

Lorena. Cumplid con la costumbre...
(*Latour se dirige al fondo, abre el balcon y dice en alta voz.*)

Latour. ¡El rey Cárlos nueve ha muerto! ¡El rey Cárlos nueve
ha muerto! ¡Viva Enrique tercero, rey de Francia!

Pueblo. (*Dentro.*) ¡Viva!

Latour. Viva la reina
Catalina de Médicis, regente del reino.
(*Murmullos prolongados en el pueblo: sonrisa de desprecio en Catalina.*)

FIN DEL DRAMA.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

Achaques de la vejez.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
A que quieren las cosas.
Amor es sueño.
Al cabo de los años mil...
Alarcon.
A caza de herencias.
A caza de cuervos.
Amante, rival y paje.
Amor, poder y pelucas.
Al llegar á Madrid.
Amar por señas.
Alumbra á tu víctima.
Amor de antesala.

Bonito viaje.
Bondicea, *drama heróico*.

Con razon y sin razon.
Cañizares y Guevara.
Cómo se rompen palabras.
Cosas suyas.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Cada cual ama á su modo.
Cocinero y Capitan.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Calamidades.
Contrastes.
Castor y Polux.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.

Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
De audaces es la fortuna.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.

El anillo del Rey.
El amor y la moda.
El chal de cachemira.
El caballero Feudal.
El cadete.
Espinas de una flor.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
Entre bobos anda el juego.
El escondido y la tapada.
En mangas de camisa.
El rigor de las desdichas, ó Don Hermógenes.
¡Está local
Esperanza.
El Gran Duque.
El afan de tener novio.
El Héroe de Bailen, *Loa y Corona Poética*.
¡En crisis!!!
El Licenciado Vidriera.
El Suplicio de Tántalo.
Echarse en brazos de Dios.
El rico y el pobre.
El Justicia de Aragon.
El Veinticuatro de Febrero.
El Caballero del milagro
El que no cae... resbala.
El Monarca y el Judio.
El pollo y la viuda.
El beso de Judas.
El Niño perdido.
El pacto de sangre.
El alma del Rey García.
El amor por la ventana.
El juicio público.
El todo por el todo.
El sitio de Sebastopol.

Faltas juveniles.
Flor de un dia.
Furor parlamentario.

Hacer cuenta sin la huéspeda.
Historia china.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.

Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Juana de Arco.
Judit.
Jaime el Barbudo.
Jorge el artesano.
Juana de Nápoles.

La escuela de los amigos.
Los Amantes de Teruel.
Los Amantes de Chinchon.
Los Amores de la niña.
Las Apariencias.
La Banda de la Condesa.
La Baltasara.
La Creacion y el Diluvio.
La Esposa de Sancho el Bravo.
Las Flores de don Juan.
La Gloria del arte.
Las Guerras civiles.
La Gitanilla de Madrid.
La córte del Rey poeta.
Los empeños de un acaso.
Las tres manías, ó cada loco con su tema.
La escala del poder.
La Hiel en copa de oro.
La Herencia de un poeta.
Lecciones de Amor.
Lorenzo me llamo y Carbonero de Toledo.
Llueven hijos.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles, ó la linda vivandera.
La Madre de san Fernando.
La Verdad en el Espejo.
La Boda de Quevedo.
Las dos Reinas.
La Providencia.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
Las Prohibiciones.
La Campana vengadora.
La Archiduquesita.
La voz de las Provincias.
La libertad de Florencia.
La Crisis.
Los estremos.
La hija del rey René.
La bondad sin la experiencia.
La escuela de los perdidos.
La resurreccion de un hombre.
Las Barricadas de Madrid.
La Pasion de Jesus.
La alegria de la casa.
Las cuatro estaciones.

Mal de ojo.
Mi mamá
Misterios de Palacio.
Martin Zurbano.
Mariana Labarin.
Mi suegro y mi mujer.

Nobleza contra Nobleza.
Negro y Blanco.

Ninguno se entiende.
No hay amigo para amigo.
No es la Reina!!

Oráculos de Talia.

Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Pescar á rio revuelto.
Por la puerta del jardin.

Rival y amigo.

San Isidro *(Patron de Madrid)*
Su Imagen.
Simpatía y antipatía.
Sueños de amor y ambicion.

Tales padres, tales hijos.
Trabajar por cuenta ajena.
Traidor, inconfeso y mártir.

Un Amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Una conversion en diez minuto
Un dómine como hay pocos.
Una llave y un sombrero.
Una leccion de córte.
Una mujer misteriosa.
Una [illegible] inocente.
Una noche en blanco.
Un [illegible]aje y un caballero.
Una [illegible]lta.
Ultima noche de Camoens.
Una historia del dia.

Un pollito en calzas prietas
Un si y un no.
Un huesped del otro mundo.
Una broma de Quevedo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabetica.
Una lágrima y un beso.
Una Virgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.

Verdades amargas.
Vivir y morir amando.
Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

El ensayo de una ópera.
Mateo y Matea.
El sueño de una noche de verano.
Escenas de Chamberí.
A última hora.
Un sombrero de paja.
La Espada de Bernardo.
El Valle de Andorra.
El Dominó Azul.
La Cotorra.
La cola del diablo.
Amor y misterio.
El calesero y la maja.
El delirio.
Guerra á muerte.
Marina.
El Grumete.

La litera del Oidor.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
La Estrella de Madrid (*su música*)
Tres para una.
Carlos Broschi.
Galanteos en Venecia.
Un dia de reinado.
Pablito. (Segunda parte Don Simon.)
Cuarzo, pirita y alcohol.
La vergonzosa en palacio.
La Dama del Rey.
La Cazeria Real.
El Hijo de familia ó el Lancero voluntario.
Los Jardines del Buen Retiro.

El trompeta del Archiduque.
Moreto.
Loco de amor y en la corte.
Los diamantes de la Corona.
Catalina.
La noche de ánimas
Claveyina la Gitana.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita.
Mis dos mujeres.
Los dos Flamantes.
Pedro y Catalina, ó el Gran Maestro.
Los dos ciegos.
El Vizconde.
Los Comuneros.
Alumbra á este caballero.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, [illegible] lado de la izquierda.